

# A autobiografías



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2021

Título original: *Autobiographies*, 1955

[Edición basada en la publicada en Londres por Macmillan & Co. Ltd. en 1955]

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)


  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25, 5 pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción: © Susana Carral, 2021

Ilustración de cubierta: © José María Gallego, 2021

Este libro ha sido publicado con ayuda de **Literature Ireland**



IBIC: FA

ISBN: 978-84-18141-70-6

Depósito legal: M-28593-2021

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Autobiografías

W. B. Yeats

Traducción de Susana Carral





# Índice

|  |            |
|--|------------|
| <i>Prólogo</i>                                       | II         |
| Ensoñaciones de infancia y juventud                  | 13         |
| El estremecimiento del velo                          | 97         |
| Libro I. Cuatro años: 1887-1891                      | 103        |
| Libro II. Irlanda después de Parnell                 | 169        |
| Libro III. <i>Hodos chameliontos</i>                 | 209        |
| Libro IV. La generación trágica                      | 227        |
| Libro V. La emoción en los huesos                    | 285        |
| <i>Dramatis Personae</i> 1896-1902                   | 311        |
| Distanciamiento                                      |            |
| Fragmentos de un diario escrito en 1909              | 371        |
| La muerte de Synge                                   |            |
| Fragmentos de un diario escrito en 1909              | 405        |
| La recompensa de Suecia                              | 435        |
| El movimiento dramático irlandés                     |            |
| Discurso pronunciado ante la Real Academia de Suecia | 459        |
| <b>Índice onomástico</b>                             | <b>471</b> |



Retrato de W. B. Yeats, realizado por Augustus John, que se encuentra en la Kelvingrove Art Gallery de Glasgow.

---

---

Para esas pocas personas, en su mayoría amigos personales, que han leído todo cuanto he escrito.

## Prólogo

**A**VECES, cuando recuerdo a un pariente al que he querido, o un incidente curioso del pasado, deambulo aquí o allá hasta que tengo a alguien con quien hablar. Poco después me doy cuenta de que quien me escucha se aburre, pero ahora que lo he puesto todo por escrito incluso podría comenzar a olvidarlo. En cualquier caso, mi amigo no tiene por qué aburrirse, pues siempre es posible cerrar un libro.

No he cambiado nada conscientemente y, sin embargo, puede que haya cambiado muchas cosas sin darme cuenta, ya que escribo al cabo de una buena cantidad de años, sin consultar amigos, cartas o periódicos viejos, y describo lo que acude a mi memoria con mayor frecuencia.

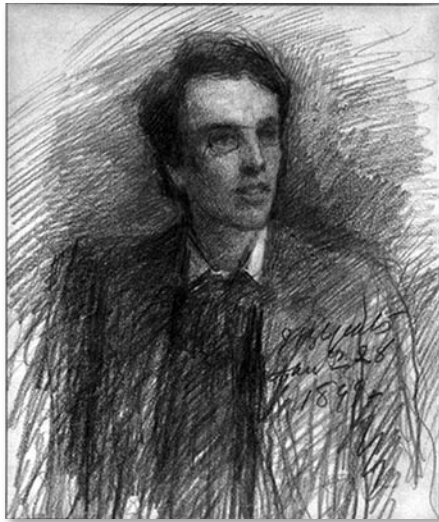
Lo digo porque temo que algún amigo de mi juventud que aún siga vivo pueda recordar algo de forma distinta y sentirse ofendido por mi libro.

W. B. YEATS

Día de Navidad de 1914



# Ensoñaciones de Infancia y Juventud



William Butler Yeats, dibujado por su padre.



## I

**M**IS PRIMEROS RECUERDOS son fragmentarios, aislados y simultáneos, como si alguien rememorase los primeros momentos de los Siete Días de la creación. Es como si el tiempo aún no hubiese sido creado, porque todos los pensamientos están relacionados con las emociones y los lugares, sin orden cronológico.

Recuerdo estar sentado en el regazo de alguien y mirar a través de una ventana irlandesa situada en una pared cuyo enlucido estaba cuarteado y se caía —aunque no recuerdo qué pared era—, y que alguien me decía que allí había vivido algún pariente. Miro por una ventana de Londres. Está en Fitzroy Road. Unos niños juegan en la calle y entre ellos hay uno que lleva uniforme, puede que sea un repartidor de telegramas. Cuando pregunto quién es el chico, un criado me dice que va a hacer saltar la ciudad por los aires y yo me voy a dormir muerto de miedo.

Luego vienen recuerdos de Sligo, donde vivo con mis abuelos. Estoy sentado en el suelo mirando una barca de juguete sin mástil, con la pintura rozada y arañada, y me digo a mí mismo con melancolía: «Está más lejos de lo que solía estar», y mientras lo digo miro un largo rasguño en popa, porque ese es el rasguño que está más lejos. Después, un día durante la comida, mi tío abuelo, William Middleton, dice: «No deberíamos menospreciar los problemas de los niños. Son

peores que los nuestros, porque nosotros podemos ver el final del problema, pero ellos no»; y yo me siento agradecido porque sé que soy muy infeliz y me he dicho a menudo: «Cuando crezcas, no hables nunca de la felicidad de la niñez como hablan los adultos». Es posible que ya haya pasado esa noche de sufrimiento durante la que, tras varios días rezando porque quería morirme, empecé a tener miedo de morir y recé para seguir viviendo. No había motivo para mi desdicha. Nadie me trataba mal y, después de tantos años, mi abuela continúa mereciendo mi gratitud y veneración. La casa era tan grande que siempre había una habitación en la que esconderse, y tenía un poni rojo y un jardín en el que distraerme, y había dos perros que me seguían, uno blanco con manchas negras en la cabeza y el otro de pelo negro y largo. Solía pensar en Dios e imaginaba que yo era muy malo, y un día que lancé una piedra y por desgracia le di a un pato y le rompí un ala, me quedé asombrado cuando me dijeron que al pato lo iban a cocinar para la cena y no sería castigado.

Parte de mi tristeza se debía a la soledad y parte al miedo que me daba el anciano William Pollexfen, mi abuelo. Nunca fue desagradable y no recuerdo que me hablase con severidad, pero la costumbre consistía en temerlo y admirarlo. Le habían entregado las llaves de cierta ciudad española, imagino que por salvar vidas y ayudar, pero era tan callado que su esposa no se enteró hasta que él tenía casi ochenta años y gracias a la visita casual de un viejo marino. Ella le preguntó si era verdad y él dijo que sí, pero lo conocía demasiado bien como para interrogarlo y el anciano compañero de tripulación ya se había ido del pueblo. Ella también seguía la costumbre de temerlo. Sabíamos que había estado en muchas partes del mundo porque tenía una gran cicatriz en la mano, hecha con un arpón ballenero, y en el comedor había una vitrina que guardaba pedazos de coral, un tarro de agua del Jordán para bautizar a sus hijos, dibujos chinos sobre papel de arroz y un bastón de marfil de la India que yo heredé tras su muerte. Tenía una gran fuerza física y la reputación de que nunca ordenaba a otros hacer algo que él mismo no haría. Poseía muchos barcos de vela y en una ocasión, cuando un capitán que acababa de fondear en Rosses Point informó de que al timón le pasaba algo, le hizo llegar un mensaje que decía: «Que alguien se sumerja para ver de qué se trata».

«Toda la tripulación se niega», fue la respuesta, a la que mi abuelo contestó: «Hágalo usted». Al ver que el otro no obedecía, él mismo se zambulló desde la cubierta principal, con una hilera de vecinos observando desde las piedras de la orilla. Salió con la piel desgarrada, pero sabiéndolo todo del timón. Tenía un carácter violento, guardaba una hacha pequeña junto a su cama para protegerse de los ladrones y era capaz de tumbar a un hombre antes de recurrir a la policía; en una ocasión yo lo vi perseguir a un grupo de hombres con un látigo. No tenía parientes porque era hijo único y, al ser solitario y callado, contaba con pocos amigos. Mantenía correspondencia con Campbell de Islay, que se había hecho amigo de él y de su tripulación tras un naufragio, y con el capitán Webb, el primer hombre en cruzar el Canal de la Mancha a nado y que luego se ahogaría en los rápidos del Niágara, al que había contratado como primer oficial y se había convertido en un buen amigo. Esas son todas las amistades que de él recuerdo y, sin embargo, era tan admirado y respetado que, cuando regresaba de tomar las aguas en Bath, sus hombres encendían hogueras a lo largo de la vía ferroviaria, durante varias millas; mientras que su socio, William Middleton —cuyo padre había atendido a los enfermos durante semanas tras la gran hambruna y al que había contagiado de cólera, enfermedad que lo mató, un hombre al que llevó en brazos a su propia casa—, que era amable con todo el mundo y más listo que mi abuelo, iba y venía sin que nadie se fijase. Creo que yo confundía a mi abuelo con Dios, porque recuerdo que durante uno de mis ataques de melancolía recé para que me castigase por mis pecados y, debido a eso, me quedé asombrado y atónito cuando una niña atrevida —me parece que era prima— lo esperó en la avenida bajo unos árboles, por donde sabía que pasaría cerca de las cuatro, camino de la cena, y le dijo: «Si yo fuese usted y usted fuese una niña, yo le regalaría una muñeca».

Sin embargo, a pesar de tanta admiración e inquietud, ni a mí ni a nadie nos parecía mal burlar su violencia o su rigor; nos resultaba fácil porque nunca sospechaba y, además, había en él una especie de indefensión que despertaba nuestro afecto. Cuando yo debía de ser aún muy pequeño —puede que tuviese unos siete u ocho años—, uno de mis tíos me sacó de la cama una noche para que cabalgase las cinco o seis millas que nos separaban de Rosses Point y pidiese prestado a un

primo su abono de ferrocarril. Mi abuelo tenía uno, pero le parecía poco honrado permitir que otro lo usase. El primo no era tan especial. Salí por una puerta que daba a un callejón junto al jardín, fuera del alcance del oído de la casa, cabalgué encantado a la luz de la luna y desperté a mi primo a altas horas de la noche golpeando en su ventana con la fusta. A las dos o tres de la madrugada estaba de vuelta en casa y el cochero me esperaba en el callejón. Mi abuelo jamás habría tenido por posible semejante aventura porque creía que las caballerizas se cerraban todas las noches a las ocho y sabía que luego le entregaban a él la llave. En una ocasión, un criado se había metido en líos de noche, por lo que había decidido que era mejor encerrarlos a todos. Jamás supo lo que todos los demás sabían: que, a pesar de la ceremoniosa entrega de la llave, la puerta nunca se cerraba.

Incluso ahora, cuando leo *El rey Lear* siempre se me aparece su imagen y a menudo me pregunto si, en mis obras y mi poesía, el deleite con hombres vehementes y apasionados será algo más que su recuerdo. Tenía que ser ignorante, aunque yo no podía juzgarlo en mi infancia, porque había huido a la mar siendo un crío —«me enrolé colándome por el escobén», en sus propias palabras— y yo solo lo recuerdo con dos libros: su Biblia y *The Shipwreck (El naufragio)*, de William Falconer, un librito de tapas verdes que siempre estaba sobre su mesa. Pertenecía a una rama menor de una antigua familia de Cornualles. Su padre había servido en el Ejército, del que se retiró para convertirse en propietario de barcos de vela y de un grabado de una antigua casa familiar que mi abuelo pensaba que debía haber sido suya y que colgaba en la salita de atrás, junto a un escudo de armas pintado. Su madre era de Wexford y, según la tradición, su familia llevaba muchas generaciones relacionada con Irlanda e incluso había participado en el comercio español con Galway. Mi abuelo era muy orgulloso y sentía aversión por sus vecinos, mientras que su mujer, una Middleton, era amable y paciente y hacía muchas obras de caridad en la salita de atrás, entre abrigos de frisa y cabezas envueltas en mantones, y todas las noches, en cuanto él se dormía, hacía una ronda a solas por la casa, armada con una vela, para asegurarse de que no hubiese ladrones en peligro debido al hacha. Le encantaba su jardín y, antes de que el cuidado de su casa se convirtiera en lo más importante, elegía una entre sus flores y la copiaba

sobre papel de arroz. El otro día vi algunos de sus trabajos y me asombró la delicadeza de forma y color, además de los trazos, tan diminutos que seguramente utilizaba una lupa. No recuerdo más dibujos que los chinos, algunos grabados coloreados de batallas en Crimea que colgaban en la pared de un pasillo y un cuadro de un barco, oscurecido por el tiempo, al final del pasillo.

Mis tíos adultos —los muchos hijos de mi abuelo— iban y venían y casi todo lo que dijeron o hicieron se ha borrado de mi memoria, salvo algunas palabras severas que me convencen —por la intensidad desproporcionada de su severidad— de que todos eran habitualmente amables y considerados. El más joven de mis tíos era robusto y divertido y había dispuesto una lengüeta de cuero sobre el ojo de la cerradura de su puerta para evitar las corrientes de aire; y había otro, cuya habitación estaba al final de un largo pasillo de piedra, que tenía una maqueta de un buque torreta dentro de una vitrina. Era un hombre muy listo y había diseñado los muelles de Sligo, pero se estaba volviendo loco y se entretenía inventando un buque de guerra imposible de hundir, según explicaba su panfleto, gracias a su casco de sólida madera. Hace solo seis meses que mi hermana se despertó soñando que sujetaba en sus brazos una ave marina sin alas y al poco se enteró de que él había muerto en el frenopático, ya que una ave marina es el presagio que anuncia un peligro o la muerte de un Pollexfen. Otro de mis tíos, George Pollexfen, después astrólogo y místico y querido amigo mío, venía muy pocas veces desde Ballina, una de ellas para una carrera con dos postillones vestidos de verde; y también estaba ese tío joven que me había enviado a buscar el abono de ferrocarril. Era el favorito de mi abuela y, según me contaron los criados, lo habían expulsado del colegio por utilizar una palanqueta contra un abusón.

Que yo recuerde, mi abuela solo me castigó una vez. Yo jugaba en la cocina y un criado, en medio del juego, me sacó la camisa de los pantalones por delante en el momento en que mi abuela entraba y yo, acusado de no sé qué indecencia infantil, tuve que cenar solo. Pero mis tíos siempre me daban miedo y, un día, el tío que usó la palanqueta contra el abusón me encontró almorzando lo que mi abuela me había dado, pero recriminó mi conducta y me hizo sentir vergüenza. Desayunábamos a las nueve y cenábamos a las cuatro y tomar algo entre comidas

se consideraba un gesto autocomplaciente. Una de mis tías me dijo una vez que yo había frenado a mi poni y lo había golpeado con la fusta al mismo tiempo para presumir de él al cruzar el pueblo, y yo, al ser acusado de lo que en mi opinión era un delito siniestro, pasé una noche muy triste. Lo cierto es que recuerdo muy poco de la infancia, salvo su dolor. Cada año de vida que sumaba era más feliz, como si fuese poco a poco conquistando algo que hubiera en mí porque, sin duda, mis sufrimientos no los causaban otros, sino que estaban en mi cabeza.

## II

UN DÍA, ALGUIEN ME HABLÓ de la voz de la conciencia y, mientras le daba vueltas a la frase, pensé que había perdido el alma, porque no oía a su voz articular palabras. Pasé unos días muy infelices hasta que, a solas con una de mis tías, oí un susurro al oído que decía: «¡Qué bromista eres!». Al principio pensé que había hablado mi tía, pero al descubrir que no era así llegué a la conclusión de que había sido la voz de mi conciencia y volví a ser feliz. Desde ese día la voz ha vuelto a mí en momentos de crisis, pero ahora se trata de una voz repentina e inesperada en la cabeza. No me dice lo que debo hacer, aunque a menudo me recrimina. Por ejemplo, puede decir: «Es injusto», en relación a algún pensamiento; y en una ocasión en que me quejé porque mis oraciones no habían obtenido respuesta dijo: «Te han ayudado». Tenía un pequeño mástil frente a la casa y una bandera roja con la del Reino Unido en una esquina. Todas las noches arriaba mi bandera, la doblaba y la guardaba en un estante de mi cuarto, y una mañana, a pesar de saber que la noche anterior la había doblado y guardado, la encontré anudada a la parte de abajo del mástil, rozando la hierba. Imagino que habría oído a los criados hablar de las hadas, porque enseguida llegué a la conclusión de que un hada había hecho esos cuatro nudos y, desde ese momento, creí que una me había susurrado al oído. Me han contado, aunque yo no lo recuerdo, que vi, no sé si una o más veces, un pájaro sobrenatural en un rincón de mi cuarto. En otra ocasión, iba en coche de caballos con mi abuela, poco después de ano-



checher, junto al canal que va, a lo largo de cinco millas, desde Sligo al mar, cuando mi abuela me señaló la luz roja de un vapor que zarpaba y me dijo que el abuelo iba a bordo; esa noche, grité en sueños y describí el naufragio del vapor. A la mañana siguiente el abuelo llegó en un caballo tuerto que le habían conseguido los agradecidos pasajeros. Según recuerdo la historia, él estaba dormido cuando el capitán lo despertó para decirle que se iban a estrellar contra las rocas. Le preguntó: «¿Ha intentado manejarlo a vela?» y, habiendo juzgado por las respuestas del capitán que el hombre estaba desmoralizado, se hizo con el mando y, cuando comprendió que era imposible salvar el barco, ordenó que tripulación y pasajeros subieran a los botes. Su bote volcó y se puso a salvo, junto con otros, a nado. Algunas mujeres fueron arrastradas por la marea hasta la orilla, mientras sus crinolinas las mantenían a flote. Un maestro de escuela que se encontraba entre los supervivientes comentó: «Me dio mucho más miedo cómo manejaba el remo aquel hombre horrible que el mar». Sin embargo, se ahogaron ocho hombres y ese recuerdo atormentó a mi abuelo durante toda su vida, a intervalos, y si le pedían que leyese durante las oraciones de la familia, solo leía el naufragio de San Pablo.

Recuerdo a los perros con más claridad que a cualquier persona, salvo a los abuelos. El de pelo negro no tenía cola porque un vagón de tren se la había cortado, si es que me contaron la verdad. Creo que yo los seguía más a ellos que ellos a mí y sus viajes terminaban en una madriguera de conejos que había tras el jardín. A veces se peleaban como salvajes y el de pelo negro sufría menos porque el pelaje lo protegía. Recuerdo una pelea tan bestial que el perro blanco no quiso soltar el pelaje del negro, al que sujetaba entre los dientes, hasta que el cochero los colgó del barril recolector de agua de lluvia, uno por fuera y otro en el agua. En una ocasión la abuela le dijo al cochero que le cortase el pelo al negro como si fuese un león y, tras consultarlo un buen rato con el mozo de cuadra, se lo cortó en la cabeza y hombros y se lo dejó largo en la parte inferior del cuerpo. El perro desapareció durante unos días y yo no dudé de que se le había roto el corazón.

En la parte de atrás de la casa había un gran jardín lleno de manzanos, con macizos de flores y zonas de hierba en el centro y dos mascarones de proa, uno entre las fresas, bajo un muro cubierto de frutales y otro entre las flores. El que

estaba entre las flores era una mujer blanca vestida con ropa fluida, mientras que el otro, un hombre robusto de uniforme, había pertenecido a un barco de tres palos de mi abuelo que se llamaba *Russia*, y los criados creían que el hombre robusto representaba al zar y había sido un regalo del propio zar. El paseo o, como dicen en Inglaterra, el camino de acceso, que partía de la puerta de entrada, atravesaba una arboleda y llegaba a una puerta insignificante y a un camino bordeado de casitas destartaladas y sucias, solo medía unos doscientos o trescientos metros, y yo pensaba a menudo que tenían que haberle puesto más curvas, porque juzgaba la importancia social de la gente por el largo de sus paseos. Esa idea puede haberse debido al mozo de cuadra, que era mi principal amigo. Él tenía un libro de rimas orangistas y los días en los que lo leíamos juntos en el henil me proporcionaron por primera vez el placer que dan los versos. Luego, cuando hubo rumores de una revuelta feniana, recuerdo que alguien me dijo que se habían repartido rifles entre los orangistas y poco después, cuando había empezado a soñar con mi vida futura, pensé que me gustaría morir luchando contra los fenianos. Iba a construir un barco muy rápido y hermoso y tendría bajo mi mando una compañía de jóvenes que nunca dejarían de entrenar, como los atletas, y así serían tan valientes y apuestos como los jóvenes de los libros de cuentos, habría una gran batalla naval en la costa de Rosses y allí me matarían. Recogí pequeños trozos de madera y los apilé en un rincón del patio; además, había un viejo tronco podrido en un campo lejano al que iba a ver muy a menudo porque me parecía que me vendría muy bien para construir el barco. En todos mis sueños había barcos. Un día, un capitán que había venido a comer con el abuelo puso una mano a cada lado de mi cabeza y me levantó para mostrarme África; otro día, otro capitán me señaló el humo del taller en el que fabricaban carretes en los muelles, que se veía por encima de los árboles del césped, como si viniese de las montañas, y me preguntó si el Ben Bulben estaba ardiendo.

Una vez cada pocos meses solía ir a Rosses Point o a Ballisodare para ver a otro niño, que tenía un poni picazo que había vivido en un circo y a veces se olvidaba de donde estaba y se ponía a dar vueltas y vueltas sin parar. Se trataba de George Middleton, hijo de mi tío abuelo William Middleton. El viejo Middleton había comprado tierras en Ballisodare y en Rosses, lo que por entonces se con-

sideraba una inversión segura, y pasaba el invierno en Ballisodare y los veranos en Rosses. Los molinos harineros de los Middleton y Pollexfen estaban en Ballisodare, donde también había una gran presa de salmones, rápidos y una cascada, pero donde más a menudo veía a mi primo era en Rosses. Remábamos en la desembocadura del río o nos llevaban a navegar en una goleta lenta y pesada o en el bote de un barco grande al que le habían puesto cubierta y aparejo. Bajo la casa había unos sótanos enormes, porque cien años antes vivió allí un contrabandista, y a veces, al anochecer, se oían tres golpes fuertes en la ventana del salón que hacían ladrar a los perros: algún contrabandista muerto que repetía su señal habitual. Una noche yo oí los golpes muy claramente, mis primos los oían a menudo y mi hermana también, más adelante. Un patrón de costa me contó una vez que, tras soñar tres veces con un tesoro enterrado en el jardín de mi tío, había saltado el muro en plena noche y empezado a cavar, pero se desalentó «porque había demasiada tierra». Le conté a alguien lo que me había dicho y me contestó que menos mal que no lo había encontrado, porque lo guardaba un espíritu que parecía una plancha de hierro. En Ballisodare había una hendidura entre las rocas ante la que yo pasaba aterrado porque creía que allí vivía un monstruo asesino que producía un zumbido parecido al de las abejas.

Es posible que empezara a interesarme por los relatos de la zona debido a los Middleton y, sin duda, los primeros cuentos de hadas que oí me los contaron en las cabañas que rodeaban sus casas. Los Middleton consideraban amigos a quienes tenían cerca y se pasaban la vida entrando y saliendo de las casitas de los patrones de costa y los aparceros. Eran prácticos, siempre estaban haciendo algún trabajo manual —fabricando botes, dando de comer a las gallinas— y no tenían ambición. Uno de ellos había diseñado un vapor muchos años antes de que yo naciera y, mucho después de que alcanzara la madurez, aún se le oía —porque tenía una especie de motor obsoleto— resollar en el canal, a muchas millas de distancia, como un asmático. Lo habían construido en el lago y luego había cruzado el pueblo arrastrado por muchos caballos, se había detenido ante las ventanas donde mi madre aprendía la lección, había obligado a la escuela entera a estudiar a la luz de las velas durante cinco días y aún lo remendaban y reparaban, sobre todo porque se creía que daba

buena suerte. Le habían puesto el nombre de la prometida del armador, *Janet*, alterado hace ya mucho tiempo hasta convertirlo en *Jennet*, más familiar. La prometida falleció cuando yo era joven, tras cumplir ochenta años y haber atormentado a su esposo con la violencia de su temperamento. Otro Middleton que tenía uno o dos años más que yo solía dejarme boquiabierto porque corría detrás de las gallinas para saber, por el tacto, si estaban a punto de poner un huevo. Permitían que sus casas se deteriorasen y que sus invernaderos se quedasen sin cristales, pero por lo menos uno entre ellos era clarividente. Los apreciaban, aunque no tenían el orgullo y la cautela, el sentido del decoro y el orden, la instintiva representación ante sí mismos que poseen quienes despiertan la imaginación popular.

A veces la abuela me llevaba a ver a una anciana dama de Sligo cuyo jardín llegaba hasta el río y allí terminaba en un murete cubierto de alhelíes, y yo permanecía erguido en mi silla, muy aburrido, mientras mis mayores comían bizcocho de semillas de alcaravea y bebían jerez. Mis paseos con los criados eran más interesantes; en ocasiones pasábamos junto a una niña gordita y, en una de esas, un criado me convenció para que le escribiera una carta de amor; la siguiente vez que pasamos junto a ella la niña me sacó la lengua. Pero a mí lo que me interesaba eran las historias que contaban los criados. En determinada esquina un hombre había recibido un chelín de un sargento encargado del reclutamiento manteniéndose en pie dentro de un barril y luego había salido de él y mostrado sus piernas tullidas. Y en determinada casa, una anciana se había ocultado bajo la cama de sus invitados, un oficial y su esposa, y al oír que hablaban mal de ella les pegó con una escoba. Todas las familias conocidas tenían sus leyendas trágicas o grotescas y yo me dije a mí mismo muchas veces que debía de ser terrible marcharse y acabar muriendo donde nadie conociese mi historia. Años después, cuando tenía diez o doce y vivía en Londres, recordaba Sligo con lágrimas en los ojos y, cuando comencé a escribir, era allí donde esperaba encontrar a mi público. Cerca de Merville House, donde yo vivía, había otra casa rodeada de árboles adonde iba a veces para ver a otro niño que se quedaba allí temporadas con su abuela, cuyo nombre he olvidado y que me parecía amable y simpática, aunque cuando fui a verla con trece o catorce años descubrí que solo le importaban los niños muy pequeños.

Cuando venían visitas me escondía en el henil y me quedaba quieto tras el enorme montón de heno mientras un criado me llamaba en el patio.

No sé qué edad tenía (porque todos estos acontecimientos parecen estar a la misma distancia) cuando me emborracharon. Había salido a navegar con uno de mis tíos y mis primos y el mar se había picado mucho. Me tumbé en cubierta, entre el mástil y el bauprés y una ola rompió sobre mí y vi agua verde por encima de mi cabeza. Estaba muy orgulloso y empapado. Cuando llegamos a Rosses, me pusieron la ropa de un niño mayor, por lo que los pantalones me arrastraban, y luego un patrón me dio un poco de whisky. Volví a casa en un coche abierto y me gustaba tanto el extraño estado en que me encontraba que, por mucho que hizo mi tío, a todos los transeúntes les grité que estaba borracho y continué gritando en medio del pueblo y en todas partes hasta que la abuela me metió en la cama, me dio de beber algo que sabía a grosellas negras y me quedé dormido.

### III

A UNAS SEIS MILLAS en dirección al Ben Bulben, más allá del canal —como llamamos a la ría que separa Sligo y Rosses— y en lo alto de una colina, había una casita cuadrada de dos plantas, cubierta de enredaderas y que daba a un jardín cuyos parterres eran los más grandes que había visto nunca y donde vi por primera vez la pincelada carmesí del gladiolo y aguardé emocionado a que floreciese. Bajo un gablete, un oscuro grupo de arbolitos creaba un lugar misterioso y encerrado, donde se podía jugar y pensar que algo iba a ocurrir. Allí vivía mi tía abuela Micky. Micky no era su verdadero nombre, porque se llamaba Mary Yeats y su padre era mi bisabuelo, John Yeats, que fue rector de Drumcliff, a unas pocas millas de distancia, y había muerto en 1847. Ella era una anciana sencilla y rubicunda y tenía el gato más viejo que he visto nunca, porque el pelo le había crecido tanto que formaba mechones enredados de un blanco amarillento. Cultivaba la tierra y solo tenía un criado, pero no podría haber cultivado nada si los agricultores vecinos no la hubiesen ayudado a recoger las cosechas, a cambio de utilizar prestados sus uten-

silios agrícolas y «por respeto a la familia», porque como me dijo Johnny MacGurk, el barbero de Sligo, «los Yeats siempre han sido muy respetables». Vivía rodeada de historia familiar; todos sus cuchillos de mesa estaban afilados como dagas de tanto limpiarlos y tenía una jarrita para la nata estilo Jacobo I con la divisa y el blasón de los Yeats; en la repisa de la chimenea de su comedor descansaba una hermosa copa de plata que había pertenecido a mi tatarabuelo, que se había casado con una tal Mary Butler. Estaba adornada con el blasón de los Butler y ya era vieja en 1534, cuando junto a su borde grabaron las iniciales de una pareja de novios. Su historia, durante muchas generaciones, la contenía un pedazo de papel amarillento por la edad, que se guardó enroscado en su interior hasta que un visitante utilizó el papel para encender su pipa.

Otra familia de Yeats, una viuda y sus dos hijos, a quienes iba a ver a veces con mi abuela, vivía cerca, en una cabaña alargada y de techos bajos, y poseía un pavo feroz que se enfrentaba a todas sus visitas. A pocas millas de distancia vivía el secretario del juzgado de instrucción y administrador de fincas, mi tío abuelo Mat Yeats, y su gran familia, llena de hijos; aunque creo que solo en años posteriores llegué a conocerlos bien. Me parece que ninguno de ellos apreciaba a los Pollexfen, que eran pudientes y, en su opinión, presumían de su dinero, mientras que ellos habían ido a menos. Los recuerdo como muy educados y religiosos en el sentido evangélico y muy interesados en las viejas historias de la anciana tía Micky. Entre nuestros antepasados hubo un soldado de King's County, uno de los generales de Marlborough, que, una vez que su sobrino fue a cenar a su casa, le dio cerdo cocido. Cuando el sobrino le dijo que no le gustaba el cerdo cocido, lo invitó a cenar otro día y prometió ofrecerle algo que le gustase más. Sin embargo, volvió a servirle cerdo cocido y el sobrino aceptó la indirecta en silencio. El otro día, al regresar a casa desde Estados Unidos, me encontré con uno de sus descendientes, cuya familia no tiene más vínculos posibles con la nuestra, y él también conocía la historia del cerdo cocido, pero nada más. Conservamos el retrato del general y tiene muy buen aspecto, con su armadura y su larga peluca de rizos. En la parte de abajo, tras su nombre, se incluyen muchas distinciones y condecoraciones que no han creado tradición entre nosotros. Si hubiésemos sido campesinos, podríamos

haber resumido su vida en una leyenda. Otros antepasados o tíos abuelos tomaron parte en la historia irlandesa: uno salvó la vida de Patrick Sarsfield en la batalla de Sedgemoor; otro, al que hizo prisionero el ejército del rey Jacobo, le debió la suya a la gratitud de Sarsfield; otro, un siglo después, incitó a los caballeros de Meath contra alguna revuelta campesina local y acabó muerto en una cuneta, y otro persiguió a los Irlandeses Unidos durante quince días, cayó en sus manos y lo colgaron. El famoso comandante Sirr, que arrestó a lord Edward Fitzgerald y le provocó la herida de bala por la que murió en la cárcel, fue padrino de varios de los hijos de mi tatarabuelo; mientras que, para compensar, mi bisabuelo fue amigo de Robert Emmet y sospecharon de él, por lo que lo encarcelaron, aunque solo durante unas horas. Un tío abuelo cayó en Nueva Orleans en 1813, mientras que otro, quien llegó a gobernador de Penang, capitaneó la vana esperanza de la toma de Rangún. Incluso en la última generación hubo miembros que ostentaron cierto poder y solaz. Un anciano que había recibido a mucha gente famosa en su casa del siglo XVIII —en la que almenas y torre mostraban la influencia de Horace Walpole—, tras perder todo su dinero, se había ahogado hacía poco tiempo, no sin antes despojarse de sus anillos, su leontina y su reloj, como correspondía a un coleccionista de cosas bellas. Y en una ocasión, para recordarnos vidas más apasionadas, hizo escala en Rosses una cañonera mandada por el hijo ilegítimo de alguno de los tíos abuelos. Ahora que puedo mirar sus miniaturas y darles la vuelta para ver el nombre del soldado, abogado o mando de un castillo y preguntarme si les gustarían los buenos libros o la buena música, me encanta todo cuanto una mi vida a la de aquellos que tuvieron poder en Irlanda o a la de quienes, en cualquier parte, fueron buenos servidores y malos negociadores, pero de niño los cuentos de Micky no me interesaban en absoluto. Veía los barcos de mi abuelo adentrarse en la bahía o en la ría, sus marineros me trataban con deferencia y un carpintero de ribera hacía y arreglaba mis barcos de juguete, y yo pensaba que no podía haber nadie más importante que mi abuelo. Quizá también ahora, y no antes, soy capaz de valorar esos caracteres más amables, tan distintos a la pasión y la violencia del abuelo. Un anciano sacerdote de Sligo me ha contado que mi bisabuelo, John Yeats, siempre entraba en su cocina haciendo tintinear las llaves, tanto miedo tenía

a encontrarse a alguien haciendo el mal, y me habló del discurso que pronunció cuando el agente del gran terrateniente de su parroquia lo llevó de cabaña en cabaña para ordenar a las mujeres que enviaran a sus hijos a la escuela protestante. Todas prometieron mandarlos hasta que llegaron a una que gritó: «Un hijo mío nunca oscurecerá el umbral de su puerta». «Gracias, mujer —dijo él—. Eres la primera mujer sincera con la que me encuentro hoy». Mi tío, Mat Yeats, el administrador de fincas, en una ocasión se había quedado despierto por las noches, durante una semana, para pescar a unos críos que le robaban las manzanas y, cuando los pilló, les dio seis peniques y les dijo que no volvieran a hacerlo. Tal vez solo sea mi imaginación, o la capacidad de suavizar del miniaturista, lo que me lleva a descubrir en sus rostros cierta cortesía y mucha delicadeza. Hay dos rostros del siglo XVIII que son los que más me interesan —uno es el de un bisabuelo—, porque ambos muestran, bajo sus pelucas de rizos empolvados, un encanto en parte femenino, y cuando los miro descubro en mí mismo algo tosco y poco delicado. Sin embargo, fue un Yeats quien pronunció el único elogio que me llama la atención: «Tenemos ideas, no pasiones, pero al casarnos con los Pollexfen hemos concedido la capacidad de hablar a los acantilados».

Entre las miniaturas hay un cuadro más grande, un admirable dibujo realizado por un clásico del que no recuerdo el nombre, y que resulta demasiado alegre y llamativo para hacerles compañía. Su autor tenía relación con mi bisabuela Corbet y era buen amigo de ella y, aunque de niños lo llamábamos tío Beattie, no existían vínculos familiares. Mi bisabuela, que murió a los noventa y tres años, recordaba muchas anécdotas suyas. Era amigo de Goldsmith y solía presumir —a pesar de ser clérigo— de pertenecer a un club de caza cuyos miembros, todos menos él, habían sido ahorcados o deportados por traición, y de que no era posible preguntarle algo a lo que no respondiera con una blasfemia o indecencia perfectamente apropiada.



## IV

COMO ME RESULTABA muy difícil prestar atención a algo que fuese menos interesante que mis pensamientos, costaba mucho enseñarme cualquier cosa. Varios de mis tíos intentaron enseñarme a leer y, como no lo lograron y yo era mucho mayor que otros niños que leían fácilmente, llegaron a pensar —como supe después— que me faltaban aptitudes. De no haber sido por una casualidad, podrían haberlo pensado durante mucho tiempo. Mi padre se quedaba en casa y nunca iba a misa, y eso me dio valor para, un domingo por la mañana, negarme a ir a la iglesia. Solía mostrarme devoto y mis ojos se llenaban de lágrimas al pensar en Dios y en mis pecados, pero odiaba ir a misa. La abuela intentó enseñarme a pisar primero con los dedos de los pies porque, supongo, hacía ruido al pisotear con los talones, y eso me arrebató el único placer que me producía el hecho de ir a la iglesia. Más adelante, cuando aprendí a leer, me deleitaba con las palabras del himno, pero nunca entendí por qué el coro tardaba tres veces más que yo en llegar al final; y la parte del servicio que me gustaba —el sermón y los pasajes del Apocalipsis y el Eclesiastés— no compensaba el exceso de repeticiones y la fatiga de pasar tanto tiempo de pie. Mi padre dijo que, si no iba a misa, me enseñaría a leer. Ahora creo que intentaba conseguir que yo fuera a misa para contentar a mi abuela y no se le ocurrió otra forma. Era un profesor impaciente y lleno de ira que me lanzó el libro de lectura a la cabeza, así que al domingo siguiente decidí ir a misa. Sin embargo, en mi padre se había despertado el interés por enseñarme y pasó la clase a un día de la semana hasta que logró conquistar mi mente errante. Creo que mi primera imagen clara de él se fijó en mi imaginación unos pocos días antes de la primera clase. Acababa de llegar de Londres y caminaba de un lado al otro del cuarto de los niños. Tenía el pelo y la barba muy oscuros y una de sus mejillas estaba abultada porque llevaba un higo para sacar el dolor que le producía una muela en mal estado. Una de las niñeras le dijo a la otra (una niñera había venido desde Londres con mis hermanos) que había oído decir que lo mejor era un sapo vivo. Luego me enviaron a una escuela

elemental en casa de una señora mayor que nos ponía en filas, de pie, y tenía un palo largo, como un taco de billar, para llegar a las filas de atrás. Mi padre continuaba en Sligo cuando volví de mi primera clase y me preguntó qué me habían enseñado. Contesté que había aprendido a cantar y él dijo: «Entonces, canta», y yo canté:

Pequeñas gotas de agua,  
pequeños granos de arena  
forman el ancho mar  
y la tierra entera

en lo que creía que era un buen tono agudo. Mi padre le escribió a la anciana y le dijo que no volviera a enseñarme a cantar; más tarde les diría lo mismo a otros profesores. Poco después, la mayor de mis hermanas vino a pasar una temporada larga y juntos íbamos a una casita de dos pisos, situada en una mísera calle, donde una anciana muy amable nos enseñaba gramática y ortografía. Cuando nos sabíamos la lección, nos permitía observar una espada que le habían regalado a su padre, quien estuvo al frente de unas tropas en la India o en China, y nos dejaba leer en alto la elogiosa inscripción grabada en la vaina de plata. Cuando caminábamos hasta su casa, o de vuelta a la nuestra, sujetábamos un paraguas enorme por delante de nosotros, que ambos agarrábamos por la empuñadura, y nos guiábamos mirando por un agujero redondo que un ratón había roído en la tela. Cuando aprendí a leer palabras de una sílaba, empecé a pasar tiempo en una estancia que llamaban la biblioteca, aunque, que yo recuerde, no albergaba libros, salvo unas cuantas novelas viejas que nunca abrí y una enciclopedia de muchos volúmenes publicada a finales del siglo XVIII. Me entretenía mucho leyendo esa enciclopedia y aún recuerdo un largo párrafo en el que se reflexionaba sobre si la madera fósil, a pesar de su apariencia, no sería solo una piedra de aspecto extraño.

El descreimiento de mi padre me había empujado a pensar en las pruebas a favor de la religión, asunto que no dejaba de sopesar con gran ansiedad, porque me parecía que no podría vivir sin ella. Creo que todas mis emociones religiosas estaban relacionadas con las nubes y los destellos nubosos en el cielo radiante,

quizá debido a alguna imagen bíblica de Dios hablando con Abraham o algo similar. Al menos recuerdo que la estampa me hacía llorar. Un día encontré el argumento definitivo para creer. Una vaca estaba a punto de parir y fui al campo donde se encontraba la vaca con varios peones que llevaban un farol. Al día siguiente supe que la vaca había parido de madrugada. Pregunté a todo el mundo cuántos terneros habían nacido y, como nadie me lo decía, decidí que no lo sabían. Eran un regalo de Dios, de eso no cabía duda, pero estaba claro que nadie se había atrevido nunca a verlos nacer y seguro que los niños nacían del mismo modo. Decidí que cuando fuera adulto esperaré levantado hasta que nacieran los terneros o los niños. Estaba convencido de que habría una nube y un estallido de luz y Dios sacaría al ternero de la luz, subido a la nube. Me contenté con esa idea hasta que un niño de doce o trece años, que había venido un día de visita, se sentó a mi lado en el henil y me explicó el mecanismo del sexo. A él se lo había enseñado un chico mayor, para el que hacía de pasivo (por usar un término que no habría entendido) y su descripción, realizada —según lo veo ahora— como si estuviese hablando de cualquier otra realidad de la vida física, me dejó deprimido varias semanas. Cuando pasó la primera impresión, empecé a dudar de que fuese verdad lo que me había dicho, pero un día descubrí en la enciclopedia un texto que, a pesar de que solo entendía en parte sus largas palabras, confirmaba la versión del niño. Yo no sabía lo suficiente como para escandalizarme por su relación con el chico mayor, pero constituyó la primera grieta en el sueño de la infancia.

Mi comprensión de lo que era la muerte llegó cuando mis padres, mis dos hermanos y mis dos hermanas estaban de visita. Me encontraba en la biblioteca cuando oí unas pisadas que pasaban corriendo y oí que alguien decía en el pasillo que Robert, mi hermano pequeño, había muerto. Llevaba varios días enfermo. Poco después mi hermana y yo nos sentábamos a la mesa, muy contentos, dibujando barcos con las banderas a media asta. Seguramente oímos o vimos que los barcos del puerto tenían las banderas a media asta. Al día siguiente, durante el desayuno, oí contar que mi madre y la criada habían oído llorar a la *banshee* la noche anterior a la muerte. Debí de ser después de aquello cuando le dije a mi abuela que no quería acompañarla cuando fuese a ver enfermos encamados, porque podrían morir pronto.

## V

FINALMENTE, CUANDO YO TENÍA ocho o nueve años, una de las tías me dijo: «Te vas a Londres. Aquí eres alguien. Allí no serás nadie». En ese momento supe que sus palabras eran un ataque a mi padre, no a mí, aunque transcurrieron varios años antes de que pudiese conocer sus motivos. Ella pensaba que un hombre tan capaz como mi padre podría haber encontrado la forma de pintar cuadros más populares si se hubiese concentrado en ello, y le parecía que no estaba bien por su parte «pasar todas las noches en su club». Tomaba la Heatherley's Art School por un lugar donde reinaba la inmoralidad.

Es posible que mi madre, mi hermano y mi hermana estuviesen en Sligo cuando a mí me enviaron a Inglaterra, porque mi padre, yo y un grupo de paisajistas nos alojamos en Burnham Beeches con los ancianos señores Earle. Mi padre pintaba la primera gran laguna a la que se llega si se viene desde Slough cruzando Farnham Royal. Empezó a pintarla en primavera y continuó durante todo el año, mientras el cuadro cambiaba con las estaciones, hasta que lo abandonó sin terminar tras pintar la nieve sobre las orillas cubiertas de brezo. Nunca se siente satisfecho y es incapaz de decir que un cuadro está terminado. Por las tardes me tomaba las lecciones o me leía alguna novela de Fenimore Cooper. En el bosque encontraba aventuras de lo más amenas —un día, un luciérnaga y una víbora luchando en un hueco verde— y en ocasiones a la señora Earle le daba miedo arreglar mi habitación porque yo había puesto una botella llena de tritones sobre la repisa de la chimenea. De vez en cuando un chico de la granja del otro lado del camino arrojaba un guijarro a mi ventana al amanecer y nos íbamos a pescar a la segunda gran laguna. A veces, el hijo de otro granjero y yo cazábamos gorriones con un viejo revólver pimentero y el chico los asaba ensartados. Había un caballo viejo al que uno de los pintores llamaba *el Andamio* y, en ocasiones, un hijo del anciano Earle me llevaba a caballo hasta Slough. Una vez me llevó a Windsor y allí almorzamos salchichas frías que compró en una taberna. No sabía lo que era estar solo porque podía deambular con agradable inquietud por las zonas cerradas de los hayedos

—que entonces eran enormes— o rodear alguna laguna mientras imaginaba que los barcos entraban y salían de los juncos y pensaba en Sligo o en extrañas aventuras marineras que correría en el magnífico barco que iba a botar cuando fuese mayor. Siempre tenía que aprender alguna lección antes de que llegase la noche y eso suponía una constante amargura porque, con tantas cosas que recordar, pocas veces podía decidirme a estudiar y, cuando lo hacía, solo era por miedo. Un día mi padre me contó que un pintor había dicho que yo tenía mucho aguante y que no me importaba lo que me dijeran; no fui capaz de entender que alguien pudiese ser tan injusto. Me abatía no hacer nada, pero no había más salidas. Una vez me sentí sorprendido y conmocionado. Todos se habían ido a Londres, salvo mi padre y yo, y Kennedy, Farrar y Page —recuerdo los nombres vagamente— llegaron riéndose y charlando. Uno de ellos se había llevado un programa de la sala de espera de la estación, y lo colgó en la pared. Yo pensé: «Lo ha robado», pero mi padre y los otros lo convirtieron en un tema de alegre conversación.

Luego volví a Sligo durante unas semanas —como haría una o dos veces al año durante años— y después nos asentamos en Londres. Es posible que mi madre y mis hermanos hubiesen estado allí todo el tiempo, porque recuerdo que mi padre iba a Londres de vez en cuando. La primera casa en la que vivimos estaba cerca de la que Edward Burne-Jones tenía en North End, pero al cabo de uno o dos años nos mudamos a Bedford Park. En nuestro jardín de North End teníamos un peral que daba muchas peras, aunque siempre estaban llenas de gusanos, y casi enfrente vivía un maestro que se apellidaba O'Neill. Cuando un niño me dijo que el bisabuelo del maestro había sido rey, yo no lo dudé. Estaba sentado apoyado en la barandilla de hierro que demarcaba el jardín de una villa, cuando oí que un niño le decía a otro que a mi hígado le pasaba algo malo, por eso tenía la tez tan oscura, y que no viviría más de un año. Pensé: «Un año es mucho tiempo; se pueden hacer muchas cosas en un año», y me olvidé del asunto. Cuando mi padre me daba vacaciones y después, cuando me daban vacaciones en la escuela, me llevaba mi goleta al Round Pond de los jardines de Kensington y solía competir con ella contra las dos balandras de un viejo oficial de marina. A veces, el anciano miraba a los patos y me decía: «Me gustaría llevarme a ese a casa para la cena», y me cantaba una canción de

marineros que hablaba de un «barco ataúd»<sup>1</sup> que zarpó de Sligo después de la gran hambruna; eso me hacía sentir importante. Los criados de Sligo me habían contado la historia. Cuando lo movieron del punto de atraque en el que había estado retirado, salió a flote el cadáver de un hombre desconocido, un augurio muy malo; y mi abuelo, que era el agente de Lloyd's, lo declaró no apto para su uso, pero el barco huyó en plena noche. El Round Pond tiene sus propias leyendas y un chico que ha visto cierta maqueta de vapor «arder hasta la línea de flotación» tenía mucho valor como amigo. Había un niño pequeño con el que yo era amable porque sabía que su padre había hecho algo vergonzoso, aunque no tenía idea de qué se trataba. Años después descubrí que su padre solo era quien esculpía unas estatuas muy populares, muchas de las cuales ocupan ahora lugares públicos. Había oído a los amigos de mi padre hablar de él. A veces me acompañaba mi hermana y nos parábamos a mirar en todas las tiendas de dulces y de juguetes que quedaban camino de casa, sobre todo en una situada frente a Holland House, porque en el escaparate tenían una balandra hecha de azúcar, y también bebíamos en todas las fuentes. Una vez, un desconocido nos habló, nos compró caramelos y nos acompañó casi hasta la puerta de casa. Lo invitamos a entrar y le dijimos cómo se llamaba nuestro padre. No quiso entrar, pero se rio y dijo: «Oh, ese es el pintor que todos los días borra lo que pintó el día anterior». Un recuerdo conmovedor me asaltó el otro día cuando pasaba junto a la fuente de agua potable próxima a Holland Park, porque allí mi hermana y yo habíamos hablado de lo mucho que añorábamos Sligo y odiábamos Londres. Sé que ambos estábamos al borde de las lágrimas y recuerdo con asombro —porque nunca había conocido a nadie que se preocupase por esa clase de recuerdos— que yo deseaba tener un tepe de cierto campo que conocía, algo de Sligo que sujetar en la mano. Se trataba de un viejo instinto de raza como el de los salvajes, porque a nosotros nos habían criado para que nos riésemos de cualquier muestra de emoción. Sin embargo, era nuestra madre —quien habría considerado su exhi-

---

<sup>1</sup> Así se llamó a los barcos que zarpaban de Irlanda, rumbo a Estados Unidos, cargados de irlandeses hambrientos y enfermos, y cuyos armadores escatimaban agua y comida de tal forma que lo normal era que un 30 por ciento del pasaje falleciera antes de llegar. (Todas las notas, excepto cuando se indique otra autoría, son de la traductora).



Dibujo de la señora Yeats que J. B. Yeats realizó en 1867.

bición una vulgaridad— la que mantenía vivo ese amor. Podía pasarse horas escuchando historias, o contándolas, sobre los patronos de costa y los pescadores de Rosses Point, o de su propia infancia en Sligo; y entre ella y nosotros siempre dábamos por hecho que Sligo era mucho más bonito que otros sitios. Ahora comprendo que era capaz de sentir con mucha intensidad: digna hija de su padre. El recuerdo que conservo de cómo era mi madre en esa época se ha ido debilitando, pero creo que su sentido de la personalidad, su deseo de tener vida propia, habían desaparecido al dejar paso a su preocupación por cuidarnos y su inquietud por el dinero. Siempre la veo cosiendo o haciendo punto, con sus gafas y un atuendo de lo más sencillo. Sin embargo, hace diez años, cuando estuve en San Francisco, vino a verme un viejo tullido que se había marchado de Sligo antes de que mi madre se casara. El anciano me dijo que había ido a verme para contarme que mi madre «había sido la joven más hermosa de Sligo».

Lo único que yo aprendía era lo que mi padre me enseñaba, porque me aterrorizaba describiendo mi degradación moral y me humillaba comparándome con gente desagradable; pero llegó un momento en que me enviaron a estudiar a Hammersmith. El colegio ocupaba un edificio gótico de ladrillo amarillo: un gran salón lleno de pupitres, varias aulas pequeñas y un inmueble aparte para los internos, todo ello construido, quizás, en 1860 o 1870. Yo creía que era un edificio antiguo y que había pertenecido al fundador de la escuela, lord Godolphin, que a mí me parecía un romántico porque había una novela sobre él. No había leído la novela, pero creía que en los libros solo salían románticos. En uno de los lados había una fábrica de pianos construida en ladrillo amarillo; en otros dos lados, hileras a medio acabar de tiendecitas y casas, todas de ladrillo amarillo; y en el cuarto lado, tras el muro de nuestro campo de juegos, escoria de una fábrica de ladrillos y montones de ladrillos amarillos medio quemados. He olvidado todos los nombres y rostros de mis compañeros de colegio, salvo un nombre sin cara y la cara y el nombre de un único amigo; sobre todo, sin duda, porque ya ha transcurrido mucho tiempo de todo eso, pero en parte también porque parece que solo soy capaz de recordar cosas dramáticas en sí mismas o que de alguna forma estén asociadas con lugares inolvidables.



Durante varios días, al caminar hacia casa a lo largo de Hammersmith Road, me dije a mí mismo que me habían arrebatado todo lo que más quería. Había encontrado un librito de cubierta verde, regalo de un científico de Dublín a mi padre, en el que se describían las extrañas criaturas marinas que el científico había descubierto entre las rocas de Howth o sacado de la bahía de Dublín. Hacía mucho tiempo que era mi libro preferido y creía que por leerlo me volvía cada vez más sabio, pero ya no iba a tener tiempo que dedicarle, ni al libro ni a mis pensamientos. Tendría que dedicar hasta el último momento a aprender y a recitar las lecciones, o a caminar entre el colegio y mi casa cuatro veces al día, porque volvía a casa a mediodía para comer. Pero enseguida olvidé mi problema, absorbí en dos cosas que nunca antes había visto: el compañerismo y la enemistad. Tras la clase del primer día, un corro de niños me había rodeado en uno de los campos de juegos y sus miembros empezaron a hacerme preguntas: «¿Quién es tu padre?», «¿qué hace?», «¿cuánto dinero tiene?». Al poco, uno de los chicos dijo algo insultante. Yo nunca había pegado a nadie, ni me habían pegado a mí, y de repente, en un minuto, sin intención alguna por mi parte, sino como si hubiese sido una marioneta a la que le mueven los hilos, me encontré pegándoles a los niños que estaban a mi alcance y recibiendo sus golpes a la vez. Después me insultaron por ser irlandés y me peleé muchas veces, pero nunca, en muchos años, salí victorioso de ninguna pelea, porque era delicado y no tenía músculos. Sin embargo, a veces encontraba maneras de tomar represalias, incluso de agredirlos. Había un chico de gran zancada al que los pequeños temían. Un día me lo encontré solo en el campo de juegos, me acerqué a él y le dije: «Levanta el *sagaun* y deja caer la *gad*». «¿Qué significa eso?», me preguntó. «Levanta el heno y deja caer la paja», contesté y le conté que, en Irlanda, los sargentos ataban paja y heno en los tobillos de los reclutas estúpidos para enseñarles la diferencia entre ambas piernas. Me tiraron de las orejas y cuando me quejé ante mis amigos me dijeron que me lo había buscado yo solito y que me merecía todo cuanto me pasase. Probablemente me la jugué y me busqué que me trataran de esa forma en más ocasiones, porque los ingleses no me parecían inteligentes ni bien educados, a menos que fuesen artistas. Todos a quienes conocía bien en Sligo despreciaban a los nacionalistas y a los católicos, pero odiaban Inglaterra con un prejuicio que

seguramente venía de los días del Parlamento de Irlanda. Yo sabía historias que desacreditaban a Inglaterra y me las tomaba muy en serio. Mi madre había conocido a una inglesa a la que no le gustaba Dublín porque los hombres tenían las piernas demasiado rectas y, como todo el mundo sabía, en Sligo un inglés le había dicho a un cochero: «Si no fueseis tan vagos, habríais demolido la colina para extenderla sobre la arena y conseguir muchos acres de buenos campos». En Sligo hay una amplia desembocadura y en marea baja casi toda es arena seca, pero todo Sligo sabía que —aunque no recuerdo cómo funcionaba— era la propagación de la marea sobre la arena lo que permitía que el estrecho canal resultase navegable. En cualquier caso, el cochero había narrado su historia, entre risas, por todo Sligo. La gente la contaba para demostrar que los ingleses siempre estaban quejándose. «Se quejan de sus comidas y de todo: hasta hubo un inglés que quiso demoler el Knocknarea». Mi madre me los había mostrado cuando se besaban en las estaciones de tren y me enseñó a sentir repugnancia ante su falta de reserva, y mi padre contaba que mi abuelo —William Yeats, fallecido antes de que yo naciera—, al volver a su rectoría del condado de Down tras una visita inglesa, hizo referencia a un hombre que había conocido en el camino y quien «muy a la inglesa» le contó todos sus asuntos. Mi padre me explicó que el inglés creía, en general, que sus asuntos privados eran algo de lo que enorgullecerse, mientras que el irlandés, al ser pobre y probablemente tener deudas, no opinaba igual. Sin embargo, no creí dicha explicación. Mis niñeras de Sligo, quienes con toda probabilidad sentían ese odio político católico irlandés, jamás habían hablado bien de ningún inglés. En una ocasión, mientras paseaba por Sligo, me giré para mirar a una pareja de ingleses cuyas ropas me habían llamado la atención. Recuerdo que el hombre iba de gris y llevaba calzón y la mujer, un vestido gris, y que mi niñera dijo con desprecio: «*tow rows*». Quizás, antes de mi época, hubiese alguna canción inglesa en cuyo estribillo se dijera: «*tow row row*»<sup>2</sup>. Además, todo el mundo me había dicho que los ingleses comían raya e incluso lija, y yo acababa de llegar a Inglaterra cuando vi con mis propios ojos a un anciano echar mermelada a las gachas de avena.

---

<sup>2</sup> Es el estribillo de la «Marcha de los Granaderos Británicos», cuya melodía se remonta al siglo XVII. La letra se compuso algo más tarde. Fue muy popular en los siglos XVIII y XIX.

Me encontraba separado de esos chicos no solo por las anécdotas, que en todas partes pueden ser la principal expresión de la desconfianza entre razas, sino porque nuestras imágenes mentales eran diferentes. Yo leía sus libros de niños y me emocionaban, pero si leía sobre alguna victoria inglesa no tenía la sensación de estar leyendo algo relacionado con mi propia gente. Ellos pensaban en la batalla de Crécy, la batalla de Agincourt y la bandera del Reino Unido y se sentían muy patrióticos; y yo, sin esos recuerdos de Limerick y de la batalla de Yellow Ford<sup>3</sup>, que habrían fortalecido a cualquier católico irlandés, pensaba en montañas y lagos, en mi abuelo y los barcos. El sentimiento antiirlandés estaba de moda porque la Liga de la Tierra<sup>4</sup> ya había sido fundada y habían muerto terratenientes, y yo, que no tenía ideas políticas, me sentía igualmente lleno de orgullo, porque vivir en un país peligroso es algo que se idealiza.

Seguro que creía que el comportamiento hostil de un colegio barato era típico de toda Inglaterra, como mi abuelo Yeats había pensado de su acompañante casual. En cualquier caso, yo vivía acosado, me llevé más de un ojo morado y sufrí muchos arrebatos de dolor e ira. En una ocasión, un chico —hijo de un gran productor de cristal de Bohemia— que era mayor que todos nosotros y al que habían sacado de su país debido a un asunto amoroso, le pegó a otro en mi nombre porque «ambos éramos extranjeros». Y uno, que acabó siendo el atleta del colegio y mi mejor amigo, pegó a unos cuantos. Suyos son el rostro y el nombre que recuerdo. Su apellido era de origen hugonote y en su rostro, al igual que en su cuerpo ágil y flaco, había algo de indio americano en el color y rasgos distintivos.

Yo tenía mucho miedo de los demás niños y eso me hizo dudar de mí mismo por primera vez. Cuando hube reunido los pedazos de madera en un rincón para mi gran barco, estaba seguro de poder mantener la calma en medio de la tormenta y morir luchando cuando llegase la gran batalla. Pero ahora me avergonzaba de mi falta de valor, porque quería ser como mi abuelo, al que el peligro le importaba

---

<sup>3</sup> Crécy y Agincourt fueron escenarios de famosas victorias militares inglesas. Limerick soportó el primer asedio de Guillermo III de Inglaterra (1690), aunque cayó en el segundo (1691). En Yellow Ford, el vado del río Callan, Hugh O'Neill venció a los ingleses en 1598.

<sup>4</sup> Irish National Land League, organización política irlandesa fundada a finales del XIX con la intención de ayudar a los arrendatarios pobres y evitar desahucios, abusos en las rentas, etc. No sirvió de mucho.

tan poco que había saltado por la borda en el Golfo de Vizcaya para recuperar un viejo sombrero. A mí me daba pánico el dolor físico y, un día que hice ruido en clase, acusaron a mi amigo el atleta y yo permití que le diesen dos golpes con la vara antes de confesar. Él había extendido las manos sin estremecerse y después no se las había frotado en los costados. A mí no me pegaron, pero me obligaron a permanecer de pie el resto de las clases. Después sufrí mucho cuando me acordaba de aquello, aunque él nunca me lo reprochó.

Mi última pelea la viví cuando ya llevaba varios años en el colegio. Mi amigo el atleta me había proporcionado muchos meses de paz, pero al final se negó a seguir pegando y dijo que yo tenía que aprender a boxear y no acercarme a los otros chicos hasta que supiera. Todos los días lo acompañaba a casa y boxeaba en su cuarto, pero los combates siempre acababan igual. Mi excitabilidad me daba ventaja al principio y era capaz de hacerlo moverse por toda la habitación, pero luego él me obligaba a moverme a mí y yo solía acabar con la nariz sangrando. Un día su padre, un banquero ya mayor, nos sacó al jardín y nos hizo boxear con sangre fría y elegancia, pero no sirvió de nada. Al final, mi amigo me dijo que ya podía acercarme a los otros chicos y, nada más entrar en el campo de juegos, un niño me lanzó un puñado de barro y me gritó: «Irlandés loco». Le golpeé varias veces en la cara sin que él me pegase a mí, hasta que los otros dijeron que debíamos hacer las paces. Le tendí la mano con miedo, porque sabía que si continuábamos peleando acabaría llevándome una paliza, y él me la estrechó con gesto hosco. Yo tenía tan mala fama como luchador que aquello fue una auténtica vergüenza para él, e incluso los profesores se burlaron de su cara hinchada, y, aunque algunos de los más pequeños vinieron a pedirme que le pegara a un chico determinado, no volví a enfrentarme a un compañero del colegio. Nos peleábamos mucho con los chicos de la calle y los de una escuela benéfica próxima. Siempre salíamos mejor parados porque no se nos permitía arrojar piedras y eso nos obligaba a pelear de cerca, mano a mano. Los monitores estaban obligados a informar de cualquier niño que se pelease en la calle, aunque solo informaban de los que tiraban piedras. Yo siempre corría pegado a los talones del atleta, pero nunca pegué a nadie. A mi padre esas peleas le parecían algo absurdo e incluso decía que eran un absurdo inglés, por eso yo no me enfadaba lo bastante

para que me gustase pegar y que me pegasen y, también por eso, mi amigo lograba que el enemigo corriera por delante de él. No dudaba ni especulaba al descargar su puño sobre un enemigo que, al ser mal educado, debía recibir tantas palizas como fuera posible y, además, tenía verdaderos agravios que vengar: uno de los nuestros había muerto debido al golpe de una piedra oculta en el interior de una bola de nieve. A veces los de nuestro bando teníamos problemas con los padres de los chicos. Hubo una discusión entre el atleta y un anciano alemán que tenía una barbería por la que pasábamos a diario para ir a casa, y un día mi amigo escupió a través de la ventana abierta y le dio al alemán en la calva; los monitores no habían prohibido escupir. El alemán corrió tras nosotros, pero cuando el atleta se puso en guardia, el anciano se marchó. Aunque yo sabía que no estaba bien escupir a la gente, mi admiración por mi amigo aumentó muchísimo. Difundí su fama por todo el colegio y al día siguiente se armó un poco de revuelo cuando alguien vio al anciano alemán ascender la senda de gravilla que llevaba al despacho del director. Al rato, se oyó semejante jaleo en el pasillo que incluso el maestro se detuvo a escuchar. Era el hermano pelirrojo del director, que echaba al alemán y le gritaba al criado: «Tenga cuidado de que no robe algún abrigo al salir». Luego nos enteramos de que había preguntado cómo se llamaban los dos chicos que pasaban por delante de su ventana todos los días y le habían dado los nombres de dos delegados, que también pasaban por allí, y que eran de sobra caballerosos en su comportamiento. Sin embargo, mi amigo también era tímido, y eso me devolvió la confianza en mí mismo. A menudo me pedía que comprase yo los caramelos o el refresco de jengibre porque a veces le daba miedo hablar con desconocidos.

Tenía fama en algo que me gustaba. Al principio, cuando iba a la piscina de Hammersmith con los otros niños, me daba miedo meterme hasta que descendía por la escalera lo bastante para que el agua me llegase a los muslos; pero un día, estando solo, me caí desde un trampolín que quedaba a metro y medio o algo más por encima del agua. Después de eso era capaz de zambullirme desde mayor altura que los demás, practicaba el buceo y, al salir a la superficie, fingía que no me faltaba el aire. Además, si corría o participaba en alguna carrera, tenía cuidado de no jadear ni de mostrar cansancio. En eso incluso aventajaba al atleta porque,

aunque corría más rápido y tardaba en cansarse más que cualquiera, se ponía muy pálido; a mí solían hacerme cumplidos. Tenía la costumbre de correr con mi amigo cuando entrenaba para hacerle compañía. Me dejaba salir con mucha ventaja y enseguida me adelantaba.

Durante meses, seguí la carrera de un corredor profesional y compré los periódicos que pudiesen informarme de si ganaba o no. Había leído que lo describían como «la excepcional estrella radiante del atletismo estadounidense» y la impresionante frase lo había revestido de fascinación. Si lo hubiesen llamado estrella radiante y excepcional no me habría fijado en él. Tardé años en comprender los síntomas. Abrigaba mi propio sueño, mi versión del sueño normal y corriente del colegial, aunque ya no reunía los pedazos de madera rota y podrida. A menudo, en lugar de estudiar, cubría los cuadrados blancos del tablero de ajedrez de mi mesita con dibujos hechos a pluma de mí mismo realizando toda clase de hazañas valerosas. Un día mi padre dijo: «En la batalla de Trafalgar había un hombre en el barco de Napoleón, un sobrecargo, que encaneció de repente. ¡Qué temperamento tan sensible!, ¡ese hombre tenía que haber logrado alguna hazaña!». Me sentí molesto y desconcertado; y aún me siento molesto y desconcertado porque me parece una locura que quienes hemos imaginado a tantas personas grandiosas no logremos meternos a nosotros mismos en cintura.

## VI

EL DIRECTOR ERA CLÉRIGO, un hombre tranquilo y afable, sin duda tan moderado en su vida religiosa como en todo lo demás, y si alguna vez durmió mal por nuestra culpa, se debió a su preocupación por nuestro refinamiento. Una vez caí en desgracia porque fui al colegio con un traje de tejido casero azul brillante que mi madre había comprado en Devon; me dijeron que jamás volviera a llevarlo. El director había intentado varias veces, a pesar de saber que sería inútil, convencer a nuestros padres para que nos vistieran como en Eton, y había determinados días en los que teníamos que llevar guantes. Tras el primer curso, se nos prohibió

jugar a las canicas porque era un tipo de juego de apuestas al que se dedicaban los niños malos; unos meses después nos dijeron que no cruzásemos las piernas en clase. Aquel era un colegio para hijos de hombres profesionales que habían fracasado o cuya carrera estaba empezando a despegar, y los chicos celebraron una reunión para expresar su malestar e indignación cuando descubrieron que uno de los nuevos era hijo de boticario (creo que al principio yo fui su único amigo). Todos simulábamos que nuestros padres eran más ricos de lo que en realidad eran. Yo le dije a un niño pequeño que había visto muchas veces a mi madre calcetando o arreglando mi ropa que, si calcetaba o remendaba, era porque le gustaba, a pesar de que sabía perfectamente que lo hacía por necesidad.

Supongo que nuestro colegio era como la mayoría de los de su tipo, un lugar ofensivo e intimidante, donde uno de los mayores podía asestarle un puñetazo a uno de los pequeños en el estómago solo para ver cómo se doblaba de dolor, y donde ciertos chicos, demasiado jóvenes para las emociones del sexo, cantaban las canciones obscenas de la calle, pero creo que me vino mejor que un colegio de más categoría. Yo oí decir al director: «¿Qué tal va en griego fulanito?», y al maestro responder: «Muy mal, pero va muy bien en críquet», a lo que el director contestó: «Oh, pues déjelo en paz». Yo no estaba hecho para el trabajo de las aulas y, aunque a menudo trabajaba bien durante varias semanas seguidas, tenía que dedicar la tarde entera a una sola lección si quería aprendérmela bien. Mis pensamientos siempre estaban agitados, pero cuando intentaba hacer algo con ellos era como meter un balón en un cobertizo en medio de un vendaval. Solía sentarme en la parte de atrás del aula, sin dejar de poner excusas que solo aumentaban mi timidez, pero ningún maestro fue duro conmigo. Todos sabían que coleccionaba polillas y mariposas y que no me metía en líos peores que esconder, de vez en cuando, un viejo ratón blanco sin cola en el bolsillo de mi chaqueta o en mi pupitre.

Solo hubo una interrupción de nuestras costumbres tranquilas: la breve contratación de un maestro irlandés, un buen especialista en griego y profesor vehemente, pero con un discurso descabellado. Solía abrir la clase diciendo: «Ahí va, ahí va», o algo similar, al ver al director cruzar uno de los extremos del salón. «Claro que este colegio no es bueno. ¿Cómo va a serlo si tiene a un clérigo como

director?». Luego, a veces, se fijaba en mí y me hacía ponerme en pie y me decía que era un escándalo que fuese tan vago, cuando todo el mundo sabía que cualquier niño irlandés era mucho más listo que una clase entera de ingleses, comentario por el que luego yo tenía que pagar. En ocasiones, llamaba a un niño pequeño con carita de niña, le daba un par de besos en las mejillas y le hablaba de llevárselo de vacaciones a Grecia. Después supimos que había escrito a los padres del niño en relación a ese asunto, pero fue despedido mucho antes de las vacaciones.

## VII

DOS IMÁGENES me vienen a la memoria. Me he subido a la copa de un árbol, en el borde del campo de juegos, miro a mis compañeros y estoy tan orgulloso de mí mismo como un gallo que canta a su primer amanecer. Me digo a mí mismo: «Si, cuando crezca, soy tan listo entre los adultos como lo soy entre estos niños, seré un hombre famoso». Me recuerdo a mí mismo que todos piensan igual y, en época de elecciones, cubren los muros del colegio con las opiniones que sus padres encuentran en los periódicos. Me recuerdo a mí mismo que yo soy hijo de un artista y deberé realizar algún trabajo como si fuese el objetivo de la vida, en lugar de pensar, como hacen los otros, en hacerme rico y vivir bien. La otra imagen es la de la sala de un hotel en el Strand, donde un hombre se encorva junto a la chimenea. Es un primo que ha especulado con el dinero de otro primo y que ha huido de Irlanda para evitar que lo arresten. Mi padre nos ha llevado a pasar la tarde con él para distraerlo de los remordimientos que debe de estar sufriendo.

## VIII

DURANTE AÑOS Bedford Park fue emocionante y estuvo lleno de aventuras. En North End, un día mi padre anunció durante el desayuno que nuestra araña de cristal era algo ridículo y había que descolgarla, y poco después describió el pueblo



que Norman Shaw estaba construyendo. Yo entendí que había dicho: «Estará rodeado por un muro y no entrarán los periódicos». Cuando le conté lo disgustado que me quedé al no encontrar ni muro ni puerta, me explicó que solo lo había descrito como debería de ser. Íbamos a ver azulejos de William De Morgan, las puertas azul eléctrico, el estampado de granadas y el de tulipanes de William Morris, y a descubrir que siempre habíamos odiado las puertas pintadas con vetas de imitación, las rosas de mediados de la época victoriana y los azulejos con diseños geométricos que parecían sacados de un caleidoscopio desenfocado. Nos fuimos a vivir a una casa como las que habíamos admirado en los dibujos e incluso veíamos gente vestida como en los libros de cuentos. Las calles no eran rectas y aburridas como en North End, sino que describían una curva donde se alzaba un gran árbol o por el simple placer de serpentear, y en lugar de barandillas de hierro había cercas de madera. La novedad de todo aquello, las casas vacías en las que jugábamos al escondite y lo raro que nos parecía, nos hacían sentir que vivíamos entre juguetes. Nos imaginábamos a la gente viviendo feliz como creíamos que vivía hace mucho tiempo, cuando los pobres eran pintorescos y el señor de una casa podía contar extrañas aventuras vividas al otro lado del mar. Solo se habían construido las mejores casas. El contratista rentable aún no había empezado a copiar y a abaratar; además, nosotros únicamente conocíamos las casas más hermosas, las de los artistas. Mis dos hermanas, mi hermano y yo aprendimos a bailar en una casa de ladrillo rojo, techos bajos y azulejos que ahuyentó nuestros sueños, tanto tiempo albergados, de vivir algún día en una casa igual que el camarote de un barco. La mesa del comedor, a la que pudo haberse sentado Simbad el marino, estaba pintada de azul eléctrico, la carpintería era toda azul eléctrico y, arriba, la hornacina de una ventana era tan grande y alta que había un tramo de escaleras para subir y bajar y una mesa en la hornacina. Las dos hermanas del señor de la casa, un famoso pintor prerrafaelita, eran nuestras profesoras y, tanto ellas como su anciana madre, llevaban unos vestidos azul eléctrico de corte tan sencillo que parecían formar parte de todos los cuentos. En una ocasión, cuando yo me dedicaba a mirar encantado a la señora mayor, mi padre, que había empezado a dejarse influenciar por el arte francés, murmuró: «Imagínate lo que sería vestir así a tu madre».

Los amigos de mi padre eran pintores que se habían visto influenciados por el movimiento prerrafaelita pero habían perdido la confianza. Wilson, Page, Nettleship, Potter son los nombres que recuerdo y los recuerdo con mayor claridad en North End. A menudo oía a uno u otro decir que Dante Gabriel Rossetti nunca había dominado los materiales y, aunque Nettleship ya se había convertido en pintor de leones, mi padre hablaba constantemente de los dibujos de su juventud, sobre todo de *God creating Evil (Dios creando el mal)*, que Rossetti elogiaba en una carta que mi padre había visto como «la concepción más sublime del arte antiguo o el moderno». En esos primeros tiempos, para que la sociedad no lo apartase de su trabajo, se había hecho una rasgadura en el faldón de su levita; y yo he oído contar a mi madre que se la había cosido una vez, pero, antes de volver por casa a visitarla, él ya le había quitado todas las puntadas. El exquisito *Dormouse (Lirón)* de Potter, que ahora se encuentra en la Tate Gallery, estuvo colgado en nuestra casa durante años. Su amiga más querida era una modelo muy guapa que, si la memoria no me falla, estudiaba para conseguir un puesto en algún internado. La recuerdo sentada junto al trono en el estudio de North End, con un libro en la mano, mientras mi padre le tomaba la lección de latín. Su rostro era afable y ovalado, el típico de los cuadros de esa época, y es posible que hubiese ayudado a crear un ideal de belleza. El otro día lo encontré dibujado a lápiz sobre una página en blanco de un volumen de *The Earthly Paradise (El paraíso terrenal)*, de William Morris. Unos años después, en Bedford Park, oí a Farrar, a quien había conocido en Burnham Beeches, hablar de la muerte y el entierro de Potter. Potter había sido muy pobre y prácticamente murió de inanición. Llevaba tanto tiempo alimentándose de pan y té que su estómago se atrofió—estoy seguro de que esa fue la palabra utilizada— y, cuando sus parientes se enteraron y le dieron buenos alimentos, ya era tarde. Farrar había asistido al entierro y se había situado tras unas personas acomodadas que estaban cerca de la tumba y vio a una de ellas señalar a la modelo, que había seguido el coche fúnebre a pie y ahora lloraba a cierta distancia, y decir: «Esa es la mujer que se llevó todo su dinero». Ella había intentado muchas veces pagar las deudas de él, le había rogado que le permitiera pagarlas, pero él nunca accedió. Probablemente sus amigos ricos culpasen a sus amigos pobres, los pobres a los ricos y a nadie se le ocurrió

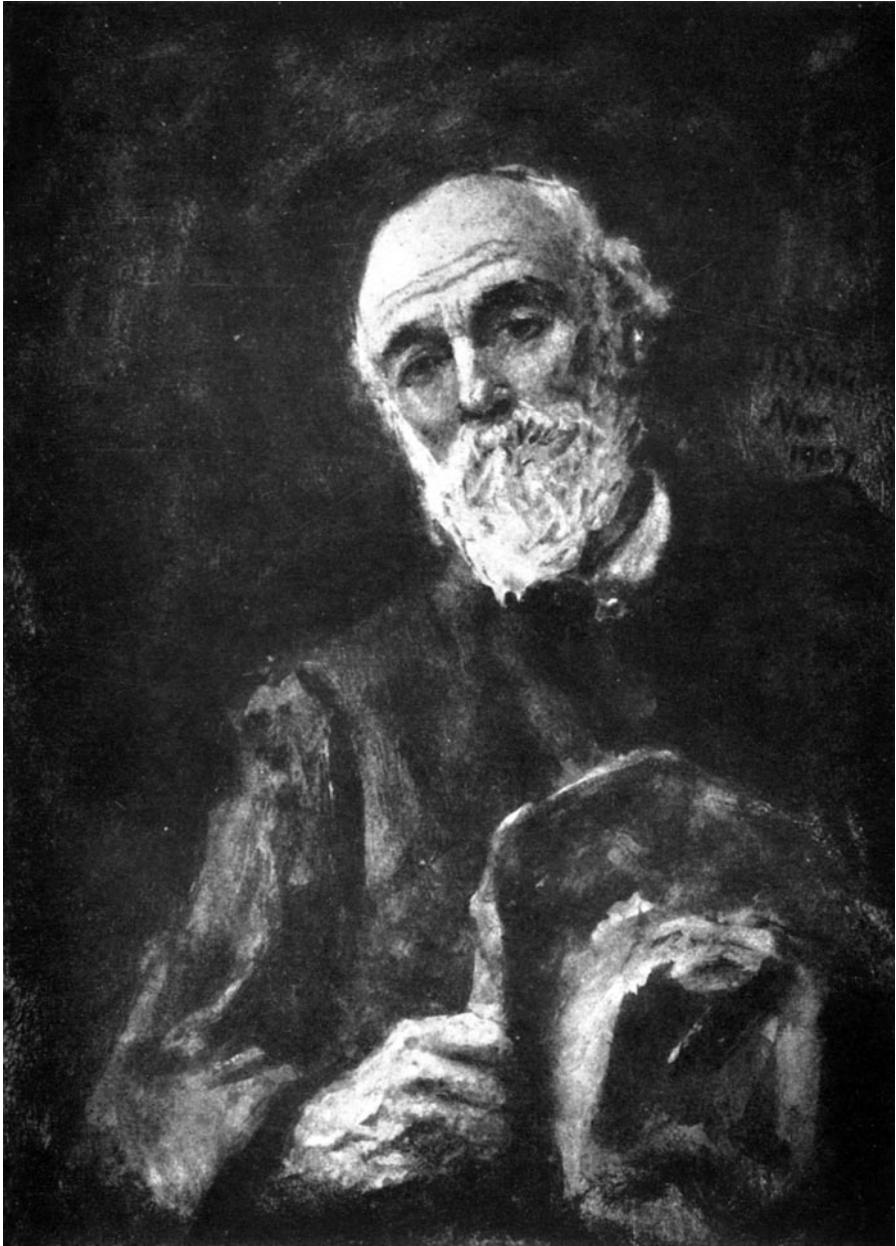
hacer nada. Además, he oído decir a alguien que Potter tenía una forma extraña de derrochar: le encantaban los niños y podría haberse interesado por alguno —su *Dormouse* es el retrato de una niña— y haber gastado su dinero en educarlo. Mi hermana recuerda verlo pintar con un guante negro en la mano derecha y decir que había utilizado tanto barniz que, de no ser por el guante, el reflejo de la mano lo habría engañado. Luego añadió: «Pronto tendré que pintarme la cara de un color oscuro». Sin embargo, lo único que yo recuerdo es que se sentaba ante el caballete —mientras que mi padre siempre está de pie y camina de un lado a otro— y que en el fondo de su cuadro había azul marino, un color que siempre me afecta. En el Aberdeen natal de Wilson hay una galería pública con su obra y mis hermanas tienen algunos de sus paisajes, casi todos bosques, pintados con flema y melancolía; el movimiento romántico se acercaba a su última fase.

## IX

MI PADRE leyó poesía en voz alta por primera vez cuando yo tenía ocho o nueve años. Entre Sligo y Rosses Point hay una lengua de tierra cubierta con hierba áspera que se introduce en el mar o en el barro, según el estado de la marea. Es el lugar donde están enterrados los caballos muertos. Allí sentados, mi padre me leyó *Lays of Ancient Rome (Cantos populares de la antigua Roma)*, de Thomas Macaulay. Fueron los primeros poemas que me conmovieron tras las rimas orangistas del mozo de cuadra. Después me leería *Ivanhoe* y *El canto del último trovador*, de Walter Scott, que siguen grabados en mi memoria. El otro día releí *Ivanhoe*, pero todo se ha esfumado, salvo Gurth, el porquero, al principio, y fray Tuck y su pastel de carne de venado, las dos escenas que se apoderaron de mí en la infancia. *El canto del último trovador* despertó en mí un deseo de ser mago que compitió durante años con el sueño de que me matasen en la orilla del mar. Cuando fui al colegio, mi padre intentó evitar que leyese revistas para niños, porque por su propia naturaleza una revista —según me explicó— tenía que hacerse para el niño o el hombre medio, por lo que solo lograría frustrar el crecimiento de cualquiera. Me arrebató la revista y no tuve valor

para decirle que solo estaba leyendo, y disfrutando mucho, una versión en prosa de la *Ilíada*. Pero al cabo de pocos meses mi padre dijo que se había impacientado demasiado, se volvió menos insistente en relación con mis lecciones y menos violento si no me las sabía bien, y dejó de fijarse en lo que leía. A partir de ese momento compartí la emoción que dominaba a todos mis compañeros los miércoles por la tarde, cuando se publicaban las revistas, y leía infinitas historias que he olvidado, como he olvidado *Los cuentos de hadas de los hermanos Grimm* que leí en Sligo y todos los de Hans Christian Andersen, salvo *El patito feo*, que nuestra madre nos leyó a mis hermanas y a mí. Recuerdo vagamente que Hans Andersen me gustaba más que los Grimm porque era menos acogedor, pero ni siquiera él me ofreció los caballeros, dragones y bellas damas que yo añoraba. No recuerdo nada de lo que leía, sino solo aquello que oí o vi. Cuando tenía diez o doce años, mi padre me llevó a ver a Irving representar a Hamlet y no entendió por qué yo prefería a Irving antes que a Ellen Terry, quien era su ídolo y el de sus amigos, ahora me doy cuenta. No podía pensar en ella, aunque sí podía hacerlo con el Hamlet de Irving, como si fuese yo mismo, y aún no tenía edad suficiente para preocuparme por la belleza y los encantos femeninos. Durante años Hamlet fue una imagen de heroico autodomínio, cuya actitud podía copiar de niño y de joven, un combatiente en la batalla que se desarrollaba en mi interior. Mi padre me había leído la historia del niño asesinado por los judíos en *Los cuentos de Canterbury* y el cuento de *sir Thopas* —explicándome las palabras más difíciles— y, aunque los dos me habían emocionado, me gustaba más el de *sir Thopas*, por eso me llevé una decepción al saber que Chaucer lo había dejado sin terminar. Cuando crecí un poco más, me leía los argumentos de las novelas de Balzac y utilizaba incidentes o personajes como ejemplo de alguna profunda crítica a la vida. Ahora que he leído toda *La comedia humana*, ciertas páginas tienen un énfasis forzado, lo que tensiona y desequilibra la descripción; y ahora recuerdo que, en alguna calle de las afueras, me habló del duelo de Lucien de Rubempré tras la traición a su señor y me contó que Lucien, herido, al oír que alguien decía que no estaba muerto, había murmurado: «Tanto peor».

Ahora puedo compartir con un amigo mis pensamientos y emociones y existe un descubrimiento continuo de discrepancias, pero por entonces, antes de que yo



John Butler Yeats, en un dibujo realizado por él mismo.

me hubiese encontrado a mí mismo, podíamos compartir aventuras. Cuando los amigos planean y hacen algo juntos, sus mentes se convierten en una sola y hasta el último secreto desaparece. Yo era un desastre en los juegos. No recuerdo haber metido jamás un gol o hecho una carrera, pero era una mina de conocimiento cuando el atleta y yo y esos dos chicos de sobra caballerosos en su comportamiento —suyos eran los dos nombres que recuerdo, aunque sin rostro— poníamos rumbo a Richmond Park, Coombe Wood o Twyford Abbey para buscar mariposas, polillas y escarabajos. A veces, hoy en día, coincido con gente al almorzar o cenar cuya dirección me resulta familiar, y de repente recuerdo que un guarda de caza me persiguió desde la plantación de la parte de atrás de su casa o que, en busca de algún escarabajo raro del que se creía que rondaba la zona, me había dedicado a revisar el estiércol de sus prados. El atleta era nuestro vigilante y nuestra seguridad. Nos sugería, en caso de coincidir con algún carruaje en el camino de acceso, que nos quitásemos el sombrero y continuásemos andando como si fuésemos de visita. En una ocasión, cuando uno de los guardas de Coombe Wood nos descubrió, el atleta convenció al mayor de los dos hermanos caballerosos para que se hiciera pasar por un maestro que llevaba a sus alumnos de paseo, y el guarda, en lugar de maldecir y amenazarnos con llamar a la policía, se puso triste y discutió. Por muy agradable que fuese el lugar (y hay un arroyuelo en una hondonada donde Wimbledon Common se adentra en Coombe Wood que recuerdo como muy agradable), yo sabía que los otros chicos veían algo que yo no era capaz de ver. Allí era un extraño. Decían los nombres de los lugares de una forma que me hacía sentir así.

## X

CUANDO LLEGABA A LA DÁRSENA Clarence, en Liverpool (el muelle al que el poeta Clarence Mangan debe su nombre de pila), camino de Sligo para pasar allí las vacaciones, me encontraba entre gente de Sligo. De pequeño, una anciana que había ido a Liverpool a llevar aves de corral me hizo pasar mucha vergüenza al abrazarme en el mismo instante en que me apeé del coche de punto y decirle al marinero que

se ocupaba de mi equipaje que me había tenido en sus brazos cuando era bebé. Es posible que el marinero me conociera igual de bien porque yo frecuentaba el muelle de Sligo para hacer navegar mi barco de juguete; e iba y venía una o dos veces al año en el *S.S. Sligo* o el *S.S. Liverpool*, que pertenecían a una compañía que tenía como directores a mi abuelo y a su socio, William Middleton. Me alegraba más si me tocaba el *Liverpool*, porque lo habían construido para eludir el embargo durante la guerra entre el Norte y el Sur.

Siempre esperaba ese viaje con emoción y presumía de él ante otros chicos y, cuando era muy pequeño, caminaba con los pies separados, como había visto hacer a los marineros. Solía marearme, pero creo que se lo oculté a los otros chicos y en parte incluso a mí mismo, porque al mirar atrás recuerdo muy poco sobre eso, aunque sí recuerdo las historias que me contaba el capitán o su primer oficial, el aspecto de los grandes acantilados de Donegal, a los hombres de Tory Island deteniéndose a nuestro lado para ofrecernos langostas, hablando en irlandés y, si era de noche, soplando sobre un tepe ardiendo para llamar nuestra atención. El capitán, un hombre mayor cuadrado de hombros y con un ribete de pelo gris que le rodeaba el rostro, le hablaba a su primer oficial, un hombre lleno de admiración, de las peleas en las que se había metido en tierra, en Liverpool; tal vez pensase en él cuando, siendo muy pequeño, le pregunté a mi abuela si Dios era tan fuerte como los marinos. En cualquier caso, una vez había estado a punto de naufragar; al *Liverpool* le había faltado poco para estrellarse contra los riscos de Galloway, con el eje roto, y el capitán le había dicho a su oficial: «No se olvide de saltar en cuanto nos estrellemos, para que no nos maten los mástiles al caer», y el oficial contestó: «Dios, no sé nadar», a lo que el otro respondió: «¿Y quién iba a ser capaz de mantenerse a flote durante cinco minutos en un mar como este?». Solía decir que su oficial era muy tímido y que «cualquier chica de los muelles se le reía en la cara». En más de una ocasión, mi abuelo lo había puesto al mando de uno de sus barcos, pero siempre renunciaba para volver a navegar con su capitán, donde se sentía a salvo. Una vez, estaba a cargo de un barco en un dique seco de Liverpool, pero un chico se ahogó en Sligo y, antes de que pudiese haberse enterado de la noticia, telegrafió a su mujer: «Fantasma. Ven de

inmediato o renunció al puesto». Había naufragado varias veces y es posible que eso le hubiese afectado a los nervios, o puede que tuviese una sensibilidad que, de haber pertenecido a otra clase social, le habría proporcionado gusto y cultura. Un día olvidé un ejemplar de *El conde Robert de París*, de Walter Scott, en un asiento de cubierta y, cuando volví a encontrarlo, estaba lleno de las huellas de su pulgar sucio. En una ocasión había visto el *Cóiste Bodhar*, el carruaje de la muerte. Contó que se acercaba por la carretera, hasta que quedó oculto tras una cabaña y ya no volvió a salir por el otro lado.

Una vez me llegó el olor del heno recién cortado cuando estábamos muy lejos de tierra y en otra ocasión, cuando observaba a los loros marinos (como llaman los marineros a los frailecillos), me fijé en que tenían distintas formas de meter la cabeza bajo las alas, o eso me pareció, y le dije al capitán: «Tienen diferentes personalidades». A veces también venía mi padre y los marineros, cuando lo veían llegar, decían: «Ahí está John Yeats, así que habrá tormenta», porque creían que traía mala suerte.

Ya no buscaba lugares pequeños y cerrados, como el soto pegado al establo de Merville, donde vivía el abuelo, o al gablete de Seaview, donde vivía la tía Micky, y empecé a subir montañas, a veces con el mozo de cuadra, y a buscar lo que se contaba de ellas en la historia del condado. Pescaba truchas en los arroyos de montaña y de noche salía al arenque; y, como el abuelo había dicho que los ingleses tenían derecho a comer raya, cargué con una raya grande durante las seis millas o más que separaban su casa de Rosses Point, pero el abuelo no se la comió.

Una noche, a punto de que llegasen las borrascas equinocciales, cuando volvía a casa a bordo del guardacostas, un chico me contó que alguien había visto un escarabajo de oro puro —puede que salido de *El escarabajo de oro* de Poe—, en Escocia, y no creo que ninguno de los dos dudase de la noticia. De hecho, oí tantas historias contadas por los marineros en los muelles o alrededor del fuego del castillo de proa del pequeño vapor que navegaba entre Sligo y Rosses, o de los chicos que salían a pescar, que el mundo parecía estar lleno de monstruos y maravillas. Los marineros extranjeros que llevaban pendientes no me contaban historias, pero, al igual que los pescadores, me los quedaba observando con asombro y admiración.



Cuando miro el cuadro de mi hermano, *Memory Harbour* (*Puerto de memoria*) —casas, un barco fondeado y el lejano faro, todos juntos como si de un viejo mapa se tratase—, reconozco en el hombre de la chaqueta azul y la camisa blanca al patrón de pesca con el que fui a pescar y me lleno de desasosiego y emoción, me siento triste por no haber hecho más y mejores versos. He pisado la costa amarilla de Simbad y ya ninguna otra impresionará mi imaginación.

Aún conservaba mi poni rojo. Mi padre vino a montar conmigo en una ocasión y se mostró muy exigente. Se indignó y me amenazó porque le pareció que no montaba bien. «Debes hacer bien todo aquello que los Pollexfen respeten —me dijo—, aunque también otras cosas». Solía decir lo mismo sobre mis lecciones y también que fuese bueno en matemáticas. Ahora veo que se sentía inferior entre aquellas gentes enérgicas y de éxito. Algún Pollexfen me contó que él, mi padre, a pesar de que montaba muy mal, se animaba a cazar lo que fuese y saltaba cualquier zanja. Su padre, el rector del condado de Down, aunque era un erudito y un hombre distinguido, había sido tan petimetre a la hora de montar a caballo que hasta yo había oído hablar de cuando rajó tres pantalones de montar antes de acomodarse en su silla para salir de caza y de que su primer rector había exclamado: «Esperaba que me enviaran un coadjutor, pero me han mandado un *jockey*».

Si me dejaban solo, montaba sin ambición, aunque me caía bastante, y adonde más iba era a Rathbroughan, donde vivía mi tío abuelo Mat. Sus hijos y yo solíamos jugar con nuestros barcos en el río, delante de su casa, armados con cañones de juguete que cargábamos como si fuesen de verdad, sin perder la esperanza, aunque siempre en vano, de que en lugar de empezar a girar en los remolinos se disparasen los unos a los otros. Seguramente fui alguna vez a Sligo en vacaciones de Navidad, porque recuerdo haber ido a cazar en mi poni rojo. Se echó atrás al primer salto, para mi gran alivio, y cuando un grupo de chicos empezó a pegarle, me negué a permitirlo. Todos se burlaron de mí por tener miedo. Encontré un hueco por donde pasar y, ya solo, intenté que cruzase otra zanja, pero el poni tampoco quiso saltarla, así que lo até a un árbol y me tumbé entre los helechos para mirar al cielo. De vuelta a casa, volví a encontrar al grupo de la cacería y me fijé en que todos evitaban a los perros. Para descubrir el motivo, me acerqué a lomos del poni al

punto en el que se habían reunido los perros, en medio de la senda, y me quedé entre ellos. Todo el mundo me gritó.

A veces me iba hasta Castle Dargan, donde vivía un pequeño terrateniente alborotador, casado con una de mis primas Middleton. Una vez fui allí de visita con mi primo, George Middleton. Debo decir que era el último hogar donde podría haber encontrado la temeraria Irlanda de hace cien años en su degradación final. Pero el sitio me gustaba por el romanticismo de sus dos castillos en ruinas, uno frente al otro, con un pequeño lago en medio, Castle Dargan y Castle Fury. El pequeño terrateniente vivía en una casita a la que su familia se había mudado desde el castillo en algún momento del siglo XVIII, y los últimos vestigios de la estirpe del otro castillo en ruinas eran dos ancianas señoritas Fury que alquilaban habitaciones en Sligo. Una vez al año, el pequeño terrateniente iba a Sligo a buscar a las dos ancianas para que contemplasen las piedras ancestrales y recordasen su abolengo, y enganchaba al carro sus caballos más rebeldes para disfrutar con el miedo de las señoras.

El hombre tenía una imaginación impresionante y no sabía dónde encontrar un estímulo para pasar las horas muertas. El primer día que fui hasta allí le dio un revólver a mi primo —nos encontrábamos en la carretera principal— y para presumir de él, o de su propia puntería, le disparó a una gallina que pasaba. Media hora después, en la orilla del lago bajo su castillo, que ya no es más que la esquina rota de una torre con una escalera de caracol, disparó contra un paisano de edad avanzada que caminaba por el otro extremo del lago. Al día siguiente le oí arreglar el asunto con el paisano junto a una botella de whisky, y ambos estaban de buen humor. En una ocasión, le preguntó a una de mis tías, que era muy tímida, si le gustaría ver su nueva mascota y luego hizo entrar a un caballo de carreras y lo paseó varias veces alrededor de la mesa del comedor. Otro día la pobre se encontró vacía la mesa del desayuno porque a él le pareció que sería una buena broma abrir la ventana y permitir que sus lebreles se lo comieran todo. También circulaba una historia según la que, orgulloso de su puntería, había disparado a la puerta de su propia casa con un fusil Martini-Henry hasta hacer saltar la aldaba por los aires. Al final, se peleó con mi tío abuelo, William Middleton, y, para ven-

garse, reunió una muchedumbre de campesinos jóvenes y desenfrenados, se montó e hizo que se montasen ellos en los jamelgos más bribones que pudo encontrar y los guio hasta Sligo bajo la bandera de la Liga de la Tierra. Después de eso, ya sin amigos ni dinero, se marchó a Australia o Canadá.

Pesqué lucios en Castle Dargan y maté pájaros con una pistola de avancarga hasta que alguien le disparó a un conejo y lo oí gritar. Desde ese momento no maté nada más, salvo peces, que eran mudos.

## XI

CAMBIAMOS BEDFORD PARK por una casa alargada con techo de paja situada en Howth, condado de Dublín. La guerra de la tierra se encontraba en su punto álgido y estábamos perdiendo nuestras tierras de Kildare, que llevaban en la familia muchas generaciones. Las rentas no paraban de bajar y tuvimos que vender para pagar algún adeudo o hipoteca; pero mi padre y sus arrendatarios se despidieron sin rencor. Durante la peor época, un viejo arrendatario tuvo bajo su techo al perro de caza de mi padre y le dio tan buen trato que superó la compensación anual que recibía. Le reservaba el mejor sitio ante la chimenea y, si alguien lo ocupaba cuando el perro entraba en la casa, el anciano le pedía que lo dejase libre para el animal. Mucho tiempo después de la venta, recuerdo que llamaron a mi padre para que resolviera una disputa entre aquel anciano y sus hijos.

Yo tenía ya quince años y, como no quería dejar de pintar, mi padre me dijo que fuese yo solo a Harcourt Street y me matriculase en la escuela. Allí encontré una desolada casa del siglo XVIII, un pequeño campo de juegos lleno de barro y guijarros, rodeado por una barandilla de hierro, frente a una larga valla publicitaria y una estación de tren inmundada y de adorno. Allí, como pronto descubriría, a nadie le preocupaba el decoro. Trabajábamos en medio de un alboroto de voces. Empezábamos la mañana rezando, pero al comenzar las clases, si el director estaba de buen humor, se reía de la Iglesia y del clero. «Que digan lo que quieran —decía—, pero la tierra gira alrededor del sol». Por otro lado, no había intimidaciones ni amenazas

y yo nunca habría creído posible que unos chicos trabajasen tanto. El críquet y el fútbol, coleccionar polillas y mariposas eran actividades que, aunque no estaban prohibidas, nos disuadían de llevar a cabo. Eran para chicos ociosos. No conocía, como antes, a la mayoría de mis compañeros porque hacíamos muy poca vida en común fuera de las aulas. Había empezado a pensar que mi trabajo en el colegio no era más que una interrupción en mis estudios de historia natural, pero, aunque no hubiese abierto un solo libro que no formase parte del curso escolar, no habría aprendido ni una cuarta parte estudiando por las noches. Euclides siempre me había resultado sencillo y resolvía los problemas mientras los otros niños metían la pata en el encerado, lo que a menudo me había hecho avanzar desde las últimas filas del aula a las primeras; pero estos chicos tenían el mismo don innato que yo y, en lugar de ir por el libro cuarto o quinto, ya usaban los libros modernos y estaban acabando el texto elemental. En lugar de traducir una docena de líneas de Virgilio usando el diccionario, tenía que aprenderme ciento cincuenta líneas con la ayuda de una traducción ya hecha. Los otros chicos eran capaces de aprenderse también la traducción y recordar qué palabras de latín e inglés se correspondían entre sí, pero yo, que había intentado averiguar qué ocurría en las partes que no habíamos leído, cometía errores ridículos. ¿Y qué podía hacer yo, que nunca había trabajado si el tema no me interesaba, con una lección de historia que no era más que una columna de setenta fechas? Era el peor de todos en literatura, porque leíamos a Shakespeare solo para fijarnos en su uso de la gramática.

Un día se me ocurrió una idea afortunada. Muchas lecciones se repasaban a última hora del día, cosas que habíamos aprendido —o deberíamos haber aprendido— la noche anterior y, como durante semanas no me supe ni una, me salté esa hora sin permiso de nadie. Le pedí al maestro de matemáticas que me diese una suma para trabajar y nadie dijo nada. Mi padre solía interferir, siempre con resultados desastrosos, para enseñarme la lección de latín. «Pero también tengo geografía», le decía yo. «Jamás debería enseñarse geografía —contestaba él—. No sirve para entrenar la mente. Durante tus lecturas no especializadas aprenderás todo cuanto necesites». Si se trataba de historia, me decía lo mismo y «Euclides es demasiado fácil. A la imaginación literaria le sale de forma innata. La vieja idea de que es una

buena forma de adiestrar la mente hace tiempo que quedó refutada». Me sabía la lección de latín de tal forma que los dejaba a todos maravillados y después, durante semanas, tenía que aguantar que me dijeran que era un escándalo ser tan listo y tan vago. Nadie sabía que me la había aprendido con miedo, que era lo único capaz de atar en corto mi mente errante. Debo haberme chivado de él en alguna u otra ocasión, porque recuerdo al director diciendo: «Le voy a poner a usted un trabajo como castigo, ya que no puedo llegar hasta su padre y ponérselo a él». A veces teníamos que hacer alguna redacción y, aunque nunca me llevé un premio porque lo que se juzgaba en ellas era la buena letra y la ortografía, sí que provoqué cierto escándalo. Algún maestro me convocaba y me preguntaba si de verdad creía esas cosas, lo cual me enfadaba mucho porque había escrito lo que siempre había creído, lo que mi padre me había dicho o lo que recordaba haber oído en alguna de sus conversaciones con sus amigos. Me pidieron que escribiera una redacción titulada «El hombre puede utilizar un trampolín para abandonar su mundo acabado y dedicarse a asuntos más elevados». Mi padre le leyó el tema a mi madre, a quien no le interesaban esas cuestiones. «Así es cómo los chicos se vuelven falsos y mentirosos consigo mismos —dijo—. Los ideales aguan la sangre y arrebatan la naturaleza humana a la gente». Recorrió la habitación de un extremo al otro, claramente indignado, y me dijo que no escribiera nada sobre ese tema, sino sobre los versos de Shakespeare: «Sé fiel a ti mismo y, tan cierto como que el día sigue a la noche, no podrás traicionar a nadie»<sup>5</sup>. En otro momento le daba por condenar la idea del deber: «Imagina —me decía— cómo despreciaría al marido obediente la clase adecuada de mujer»; y nos contaba lo mucho que mi madre se reiría de algo así. Es posible que hubiese gente para la que esas ideas resultasen normales, pero eran personas con las que no se solía cenar. Ahora creo que tenía razón en todo lo que decía, pero tendría que haberme sacado del colegio. Solo me habría enseñado griego y latín y ahora yo sería un hombre culto y no habría tenido que leer usando el pobre mecanismo de la traducción, con un deseo imposible de calmar, los libros que han edificado mi alma, ni habría tenido que enfrentarme a la autoridad con la timidez

---

<sup>5</sup> *Hamlet*, acto 1, escena 3.

que nace del pretexto y la evasiva. La evasiva y el pretexto fueron, al final, como el instinto constructor del castor.

## XII

MI COMPAÑERO DE COLEGIO en Londres, el atleta, pasó un verano con nosotros, pero la amistad de la infancia, que se basaba en la acción y la aventura, estaba llegando a su fin. Seguía siendo superior a mí en todas las actividades físicas y ascendía entre las rocas hasta llegar a sitios que incluso ahora recuerdo con una sensación incómoda, pero yo ya había empezado a criticarlo. Una mañana propuse ir de excursión a la isla de Lambay y fui despectivo porque dijo que nos perderíamos la comida de mediodía. Izamos una vela en nuestro pequeño bote, recorrimos a toda prisa las nueve millas que nos separaban de ella y vimos en la orilla una gaviota dócil, mientras un par de niños, hijos de un guardacostas, se metían vestidos en el agua para arrastrarnos a tierra, como habíamos leído que hacían los salvajes. Pasamos una hora en la soleada orilla y yo dije: «Me gustaría vivir siempre aquí. Puede que un día lo haga». No paraba de descubrir lugares en los que me gustaría pasar la vida entera. Empezamos a remar para volver a casa y, cuando la hora de la comida había quedado bastante atrás, el atleta se tumbó en el suelo del bote, sin dejar de quejarse. Me burlé de él y de sus compatriotas, cuyos estómagos daban la hora como si fuesen relojes.

La historia natural también empezó a separarnos. Yo tenía pensado escribir algún día un libro sobre los cambios sufridos durante doce meses por las criaturas que habitasen determinado agujero en la roca, y defendía mi propia teoría, aunque no la recuerdo, sobre el color de las anémonas de mar; tras muchas dudas, conflictos y desconcierto, me apetecía discutir y refutar a Adán, Noé y los siete días de la creación. Había leído a Darwin, Wallace, Huxley y Haeckel, y durante unas vacaciones fui capaz de dedicar horas a molestar a un pío geólogo que, cuando no estaba trabajando en la Cervecera Guinness, se iba con un martillo a buscar fósiles a los acantilados de Howth. «¿Sabe que —le decía yo—, según los estratos en los que

fueron encontrados, tales y cuales restos humanos no pueden tener menos de cincuenta mil años de antigüedad?». «Oh —me contestaba él—, pero son un caso aislado». En una ocasión, cuando insistí en argumentar contra la cronología de Ussher, me pidió que no volviera a hablar del asunto. «Si yo creyera lo que crees tú —me dijo—, no podría llevar una vida moral». Pero con el atleta ni siquiera podía discutirlo, porque seguía coleccionando mariposas por vivir una aventura, sin sentir curiosidad por sus nombres. Empecé a juzgar su inteligencia y a decirle que su historia natural tenía tan poca relación con la ciencia como su colección de sellos de correos. Incluso durante mis días de colegial en Londres había desdeñado los sellos de correos, quizás influenciado por mi padre.

### XIII

LA CASA EN LA QUE VIVIMOS durante más o menos el primer año se encontraba en lo alto de un acantilado, de modo que cuando había tormenta los rociones mojaban mi cama por la noche, porque le había quitado el cristal a la ventana, marco incluido. Esa pasión literaria por el aire libre me duraría unos cuantos años. Luego, durante uno o dos años más, ocupamos una casa que daba al puerto, con vistas a las entradas y salidas de la flota pesquera. Teníamos una criada habitual, la mujer de un pescador, y a veces nos ayudaba una moza grande y coloradota que se comió un tarro de mermelada entero mientras mi madre estaba en misa y me echó la culpa a mí. Esa situación duró hasta mucho después de la época sobre la que escribo y hasta que mi padre, al entrar en la cocina por casualidad, se encontró a una joven —a la que habían contratado durante un período de necesidad pasajera— llorando al pensar que tenía que despedirse de nuestra otra criada y le prometió que nunca se separarían. No tengo dudas de que vivíamos en el puerto por el bien de mi madre. Cuando éramos pequeños se había negado a llevarnos a una casa en la playa porque le habían dicho que tenía una caseta de baño —de esas de madera que un caballo llevaba hasta la orilla para poder bañarse con mayor intimidad—, pero le gustaban las actividades del pueblo pes-

quero. Cuando pienso en ella, casi siempre la veo tomándose un té en la cocina con la criada, la mujer del pescador, y charlando con ella sobre los únicos temas, salvo nuestro hogar, que le parecían interesantes: los pescadores de Howth o los patronos de costa y los pescadores de Rosses Point. No leía libros, pero la mujer del pescador y ella se contaban historias que bien podría haber contado Homero, disfrutando de los momentos de repentina intensidad y riéndose juntas ante cualquier asomo de sátira. En mi *El crepúsculo celta* hay un ensayo que se titula *Fantasmas de aldea* que no es más que el resultado de una de esas tardes; la pena es que se perdió más de un buen cuento porque no se me ocurrió empezar antes a tomar notas. Mi padre siempre la elogiaba ante mis hermanas y yo mismo porque no fingía nada que no sintiera. Era capaz de escribirle cartas hablándole de lo mucho que le gustaban las nubes bajas y densas que pasaban veloces, pero no le agradaban los cuadros y nunca iba a las exposiciones, ni siquiera para ver algún cuadro suyo; tampoco entraba en su estudio para contemplar el trabajo del día; no lo hacía ni cuando estaban recién casados. Recuerdo todo eso con la mayor claridad, y después de eso muy poco, hasta que su mente se perdió debido a una apoplejía y encontró —liberada al fin de las preocupaciones financieras— la felicidad perfecta alimentando a los pajaritos desde una ventana de Londres. Mi padre decía que siempre transmitía intensidad: ese era su mayor elogio. En una ocasión añadió a su alabanza: «Nunca un manirroto ha tenido un hijo poeta, aunque un avaro sí podría tenerlo».

#### XIV

EL GRAN ACONTECIMIENTO en la vida de un chico es el despertar al sexo. Se bañará varias veces al día o se levantará al alba y, tras desnudarse, brincará de aquí para allá sobre un palo tendido entre dos sillas sin darse casi cuenta —y sin admitirlo jamás— de que ha empezado a disfrutar de su propia desnudez, como tampoco comprenderá el cambio hasta que algún sueño se lo descubra. Puede que nunca comprenda el mayor de los cambios, el que se produce en su mente.